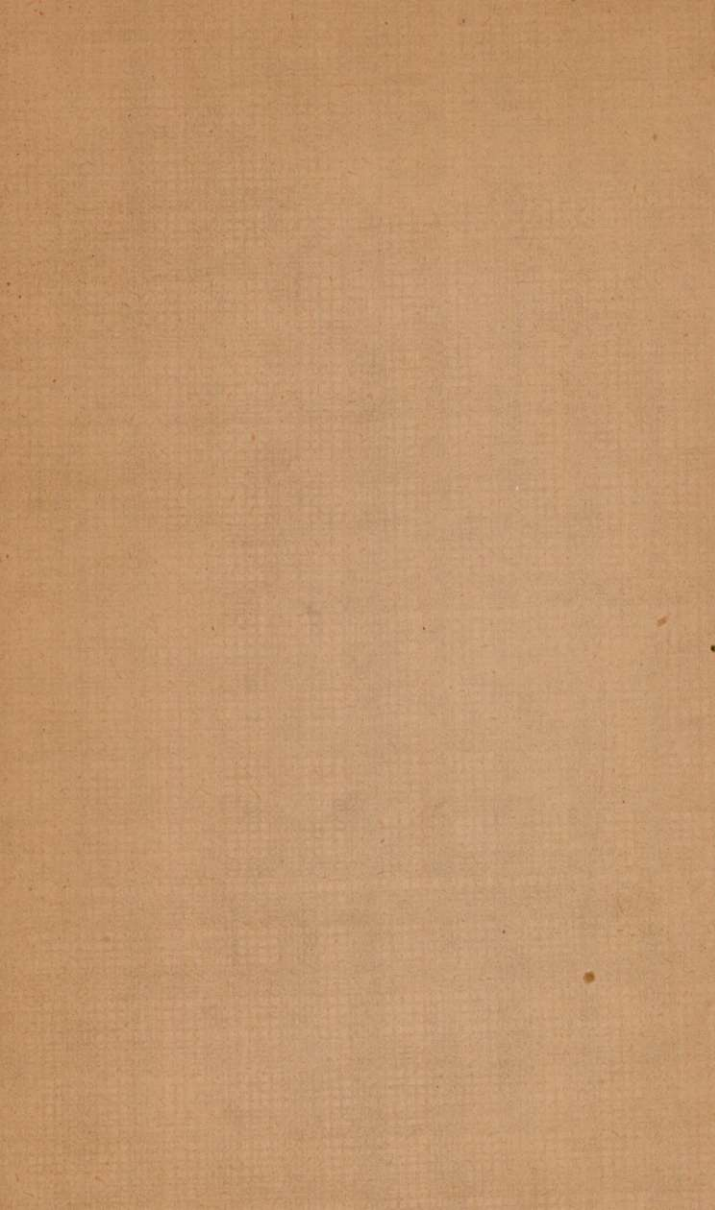






TRAS LOS MARES

R.

DA-2-270

R-41.215



JUAN ANTONIO CAVESTANY

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

TRAS LOS MARES

POESIAS

(TERCERA EDICIÓN)



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
15, Puerta del Sol, 15.

1916

1
AC
271

Es propiedad:
queda hecho el depósito que marca la Ley.

AL SR. D. MIGUEL PANDO.

Al hacer una nueva edición de este libro, completamente agotado, tanto en España como en la Argentina, no puedo resistir al deseo de dedicárselo, dándome con ello el placer de asociar mi nombre al suyo, que para mí representa una de las amistades más nobles e inapreciables con que me he tropezado en la vida.

Acójalo bondadosamente, no sólo por el cariño con que se lo ofrezco, sino también pensando en que los ideales de solidaridad de raza y de comunidad de destinos entre España y la América española, que se cantan en estos versos, en nadie encarnan y se personifican tanto como en usted, español de nacimiento y argentino de adopción, que por su cultura, por su bondad, por su modestia, por su amor a las Artes y por la protección que les otorga, honra por igual a su vieja y a su nueva patria.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Madrid, diciembre 1916.

DEDICATORIA

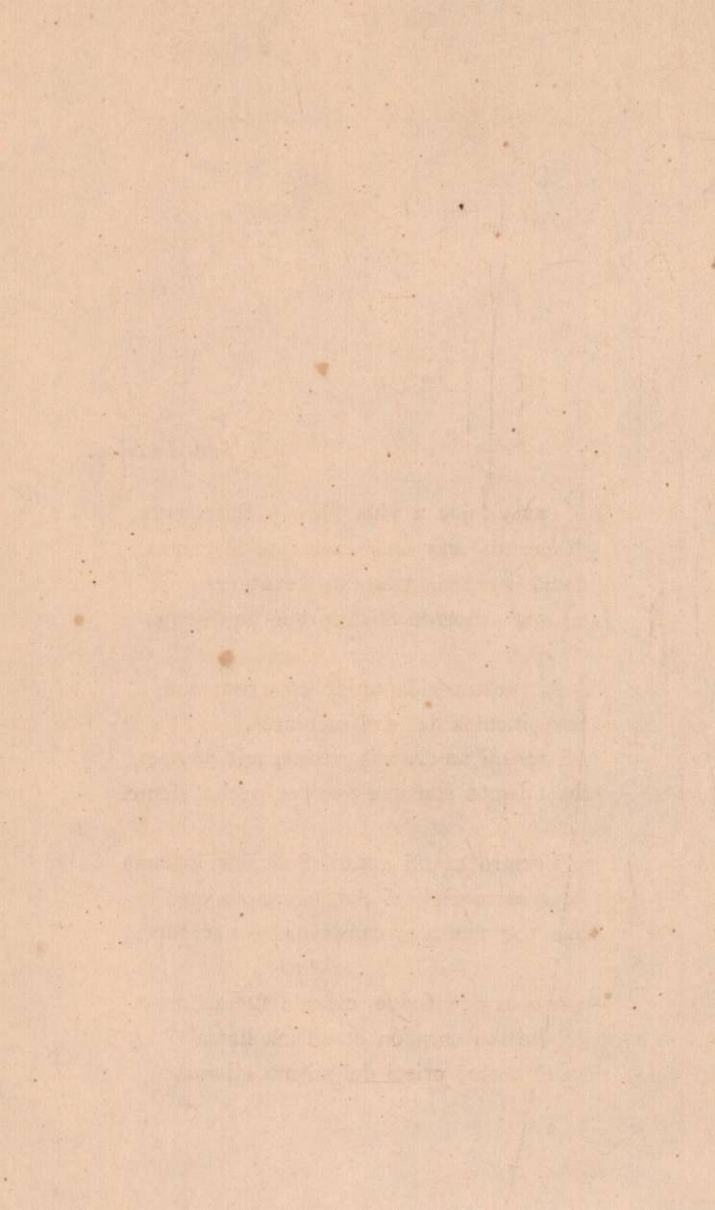
A Sud-América.

PUEBLOS que a vida libre y floreciente
despertáis tras las brumas de los mares,
hacia vosotros van estos cantares
de que vosotros mismos sois la fuente.

A vuestra vida unido estrechamente
por vínculos de raza seculares,
mi fe, mi amor, mis ansias, mis pesares,
los mismos son que vuestro pecho siente.

Vuestro es mi canto. Su calor inflama
de vuestro cielo el Sol, el sano aroma
que por vuestras campiñas se derrama:

oro es que funde, cuando fuerza toma,
del mismo corazón la misma llama
en el mismo crisol del mismo idioma.



EN EL MAR

O H, panorama hermoso y soberano!
¡Salve, salve mil veces,
augusta inmensidad del Oceano,
que me encantas al par y me estremeces!
Silencio y soledad doquier se mira...
Olas y espumas donde no hay quien mande...
El alma siente y el pulmón respira
la sensación soberbia de lo grande.
Bendito el mar que el horizonte cierra
en círculo sin término ni nombre;
que aparta de la tierra,
del mal, del odio, del dolor... ¡del hombre!

Yo no te conocía:
¿Te conoce, tal vez, quien solamente
te vió en la costa estéril o bravía?
Allí no eres el mar, aunque rugiente,
por el viento azotado,
estrelles el furor de tu rompiente

sobre el peñón del agrio acantilado;
y menos cuando, manso tu oleaje
que lánguido desmaya,
vas a besar sin fuerza ni coraje
con el beso de nácar de tu encaje
la rubia arena de la abierta playa.
Allí no eres el mar... ¡No! Si lo fueras
¿a la tierra prestaras vasallaje
y ante su débil costa te rindieras?
Tú no eres tú ni tu belleza brilla
sino aquí donde, augusta y soberana,
ni te ciñe la arena de la orilla
ni el cantil de la costa te profana;
tú no eres tú, sino desierto, a solas,
dormido mansamente
al soñoliento arrullo de las olas;
del que te surca generoso amigo,
espejo azul del cielo transparente
que en abrazo de paz se une contigo,
y en prenda de su amor, todas las tardes,
al Sol, cuando se pone, te confía
para que tú lo escondas y lo guardes
hasta que vuelva a reclamarlo el día.

¡Qué hermosa soledad! ¡Qué intensa calma!
Fuera del mundo donde el mal perdura,
aquí se ensancha a su placer el alma...

aquí, lejos de tierra, mar adentro...
El alma es grande, es pura,
y lo puro y lo grande son su centro.

¿Dónde están la llanura y el collado
que el césped blando alfombra?
¿Dónde el florido prado
de las fuertes encinas a la sombra?
¿Dónde la chimenea
que delata al hogar siempre encendido?
La gallarda ciudad, la humilde aldea,
los bellos campos, de amapolas rojas,
¿dónde, dónde se han ido?
¿Quién los oculta a mis sedientos ojos?
Cuanto quise en el mundo
todo estaba ligado a aquella tierra
que hoy me oculta este Mar ancho y profundo;
a aquella tierra, imán de mi deseo,
que el horizonte a la mirada cierra,
que hoy por primera vez busco y no veo.
Yo quiero oír de nuevo la campana
con que llamaba a la oración piadosa
la vieja iglesia, de mi hogar cercana;
quiero que nazcan a mi lado flores;
que en la selva frondosa
canten los ruiseñores;
quiero la sed de besos que me abrasa

saciar, y recibir la bienvenida
volviendo a entrar en la risueña casa
donde hay vidas formadas de mi vida.

Mas ¿qué pido, insensato? ¡Qué locura!
¿Volver al mundo quiero y su cuidado,
dejando tanta paz, tanta hermosura?
Por encontrarme aquí, ¿qué es lo que pierdo?
En tierra, ¿qué he dejado
que no esté aquí también, purificado
por el crisol divino del recuerdo?
Cuanto en el mundo amé viene conmigo,
me sigue y me acompaña;
el venturoso hogar, el cielo amigo,
el collado y el bosque y la montaña;
oigo a mi lado cantos y aleteos,
me refrescan las brisas rumorosas,
y las aves me arrullan con gorjeos,
y aspiro esencias de jazmín y rosas;
todo aquello que vi desde la infancia
sigue aquí, al lado mío,
a través del espacio y la distancia;
mas no manchado de odios y rencores,
como en el mundo impío,
sino exento de sombras y dolores,
como es fuerza que sea
aquí, sobre este mar que me salpica,

y en esta inmensidad que me rodea,
que el libre viento orea
y que Dios con su aliento purifica.

Hasta el amor, al que la ausencia inmola,
aquí, en el Mar, parece
como que se depura y se acrisola,
y es porque el ancho espacio sin medida
como dilata al alma y la engrandece
le da para el amor mayor cabida.

¡Amorés que alegrasteis mi existencia,
hasta hoy no erais completos! Os faltaba
templaros en el yunque de la ausencia.

¡Ay, para conoceros
—todo placer empieza donde acaba—
necesité perderos!

Ya os perdí. Ya os conoce el alma mía.
Y este perfecto amor, puro, sagrado,
¡oh Mar, oh inmensidad siempre vacía!
tú me lo has enseñado;
por ti lo sé... ¡sin ti no lo sabría!

Tú lo eres todo: cuanto fué creado
con la imaginación en ti contemplo;
tú eres campo, y ciudad, y bosque, y prado,
y calle, y casa, y templo.
Sí, templo, el máspreciado,

el único que es digno, por su anchura,
del Hacedor, cuya grandeza canta...
Por algo al elevarse en tu llanura
llamó a la luna el vate *la hostia santa*...
Hostia, es verdad; y consagrada y pura...
Por eso cuando triste se levanta
sobre el Mar que a su beso reverbera,
la oración sin pensar sube a la boca
—no la oración monótona y parlera
que el labio apenas toca—
sino aquella plegaria que merece
de tal plegaria el nombre,
y es comunicación que se establece
sobre las olas entre Dios y el hombre.
Soberbio templo, bóveda sagrada
que alza al Señor la Inmensidad sombría,
noche del mar, purísima y callada,
que impregnas cuanto tocas de poesía,
¡con cuánto gozo os veo!
¡Ensánchate, alma mía!
Aquí bendigo... ¡y creo!
Póstrate, corazón: el sacrificio
va a comenzar bajo la inmensa nave,
digna, en verdad, de su grandioso oficio.
Los rugidos del Mar, roncós y fieros,
son del órgano grave
los sonos acordados y severos.

El altar que se adorna y se ilumina,
el cielo, tachonado de luceros,
y la brisa marina,
fragante incienso que perfumes lleva,
y la Luna, custodia nacarina,
y Dios, el sacerdote que la eleva.

¡ Cuán débil y pequeño el ser humano
aunque luce con brío
contra el desierto azul del Oceano!
¡ Y ese Mar tan terrible
que en su vasta extensión ruje bravío
es a su vez un punto imperceptible
perdido en las anchuras del vacío!
¿ Qué sabe el hombre, que a lo grande aspira,
de esa grandeza que su mente llena,
si lo mayor de cuanto tiene y mira
no es más que un grano de menuda arena?
¡ Ah! Sí, sabe eso mismo; que es pequeño;
mas que por serlo es grande,
pues es de todo lo que toca dueño;
sabe que de los mares las corrientes
son para que él sobre las olas ande,
y una mundos y ligue continentes;
sabe que, aun siendo un átomo, sujeto
de la vida a las luchas y rigores,
el Cosmos le descubre su secreto,

y astros, soles y estrellas
le sirven para hacer con sus fulgores
claros sus días y sus noches bellas;
sabe que, vencedora,
su propia pequeñez lleva en su seno
una fuerza gigante y creadora,
la que es de todo la divina esencia,
porque es soplo de un Dios pródigo y bueno:
¡la humana inteligencia!
Ella es de cuanto existe la palanca;
ella levanta el llano y hunde el cerro,
domina el Mar y poderosa arranca
al cielo el rayo y a la roca el hierro;
y estando siempre de prodigios llena
aún esa inteligencia es más bendita
cuando rompe del siervo la cadena
y arrastra al bien y a la piedad incita,
porque es mayor del hombre la aureola
y es más noble su hazaña
cuando enjuga una lágrima, ¡una sola!
que cuando hace volar a una montaña.

Jamás podré olvidar, ¡oh Mar amigo!
estas horas de calma bendecida
que en honda soledad gocé contigo.
La nave con que surco tu corriente
es imagen exacta de mi vida.

'Corta' su proa el agua transparente,
 y en las espumas que al espacio lanza,
 como si fueran altos surtidores,
 pinta el iris sus franjas de colores...
 y el iris es la paz, es la esperanza.
 Así va por el mar de la existencia
 de mi vida la nave fatigosa,
 venciendo del dolor la resistencia,
 luchando contra el mal, contra la suerte;
 pero dura, animosa,
 desdeñando los riesgos y la muerte,
 segura de que el puerto suspirado
 está tras la borrasca y sus rigores.
 ¡Por algo lleva el iris reflejado
 la espuma que salpican mis dolores!

SALUDO A AMERICA

Yo vengo de una tierra besada por dos mares,
con toldos de naranjos y alfombras de azahares,
del pueblo en que he dejado mis hijos y mi hogar,
de aquella vieja España, de históricos blasones,
que fué fecunda madre de razas y naciones
y lleva de dos mundos el timbre secular.

De allí tendí mi vuelo y allí dejé mi nido,
buscando, tras las brumas del Mar embravecido,
espacio a mis impulsos de errante trovador.
Yo os traigo, mensajero del pueblo que me envía,
su luz y sus leyendas, sus cantos, su Poesía,
y os traigo, antes que nada, los ecos de su amor.

Y todo, tradiciones y canto y luz y aroma,
envuelto en el ropaje de nuestro hermoso idioma,

que es fuego y es dulzura, que es bronce y es cristal;
en el vibrante y rico lenguaje castellano,
la forma más gallarda del pensamiento humano,
la lengua que en Cervantes es cántico triunfal.

De cuantos lazos pueden juntar a los nacidos,
dejándolos en ellos eternamente unidos,
hay uno del que todos los otros van en pos:
la lengua, lo que expresa cuanto concibe el hombre,
la lengua en que decimos de "Patria" el santo nombre,
y en que decimos "Madre" y en que decimos "Dios".

En ella, en ese idioma, que en mí no más es rudo,
yo os traigo un fuerte abrazo y un íntimo saludo
de aquella hermosa tierra que fué la vuestra ayer;
de aquella gran señora, clemente y grande y justa;
de aquella madre buena; de aquella reina augusta;
de aquella noble España que a todos nos dió el ser.

Y vienen en mis versos conmigo a saludaros
sus cosas más diversas, sus hijos más preclaros,
Toledo con su Alcázar y Burgos con el Cid;
mujeres de ojos negros, que adorna la mantilla,
rosales de Valencia, claveles de Sevilla,
la vega de Granada y el cielo de Madrid.

Veréis callejas moras y pueblos medievales,
palmeras del desierto, severas catedrales,
llanuras de Castilla, montañas de León;
y oiréis junto al Moncayo, cual eco de su sierra,
aquí cantando amores y allá buscando guerra,
la copla de las coplas, la jota de Aragón.

Conmigo viene todo: la España del pasado,
lo cierto y lo dudoso, los triunfos del soldado,
las suertes del torero que alegra el redondel,
la raza inmovible de sangre ardiente y moza,
que ríe entre el estrago si muere en Zaragoza,
que llora entre alegrías si canta en el Perchel.

Yo os traigo a España entera, pues toda va conmigo;
oiréis, sobre los campos, dorados por el trigo,
la alegre calesera que entona el mayoral;
veréis cubriendo a un tiempo collados y campiñas,
los pámpanos frondosos, guirnaldas de las viñas,
la nieve perfumada del verde naranjal.

Aquí, de los colmados riquísimo tesoro,
la caña y los toneles y el vino como el oro,
la bata almidonada y el rico pañolón;
allá, de viejos siglos mostrando los linderos,

con séquito de reyes, de sabios y guerreros,
surgiendo augusta y santa, la sombra de Colón.

¡Colón! Su nombre solo despierta en la memoria
la página más bella del libro de la Historia,
la empresa más gigante que vieron Tierra y Mar;
con naves y soldados de un pueblo de valientes
él hizo un mundo solo de mundos diferentes,
y vino en estas costas la tierra a completar.

Por él a vida nueva nacieron aquel día
cien Pueblos cuyas almas la niebla obscurecía;
Colón alzó en los aires un lienzo y una cruz,
volvióse hacia la altura gozosa su mirada,
besó la blanda arena, la tierra inmaculada...
¡y abrieron esos Pueblos los ojos a la luz!

América grandiosa, soberbio continente,
del ósculo que un día selló tu casta frente
brotó tu oculta fuerza, tu noble rendición.
Hoy tienes en tus manos del Mundo la palanca;
sé grande... mas no olvides que tu grandeza arranca
de España, de tu madre, del beso de Colón.

MI RETRATO

CON un fin que no concibo
ni de que me digan trato,
pues poco importa el motivo,
alguien puso mi retrato
frente a la mesa que escribo.

Y siendo así, cosa es clara,
que a menudo me contrista
sobre parecerme rara,
que no puedo alzar la vista
sin hallarme con mi cara.

A solas en mi retiro
—y siempre que me ocurrió
costóme más de un suspiro—
cuando hacia el retrato miro
me pregunto: “¿Ese soy yo?”

Contemplando fijamente
del hombre pintado allí
la boca, el gesto, la frente,
me resulta sorprendente
pensar que yo soy así.

Busco en el rostro fingido
el hondo surco grabado
de tanto como he sufrido,
de tanto como he luchado,
de tanto como he vivido,

y en él no descubro nada
que haga ver el alma herida
ni la expresión fatigada
de quien lleva por la vida
medio siglo de jornada.

“Yo no soy de esa manera”,
pienso siempre largo rato,
y casi me desespera
del implacable retrato
la sonrisa placentera.

Su expresión indiferente,
su mirar sereno y vivo,
se me antojan juntamente
un sarcasmo intempestivo
y una calumnia inclemente.

De todo lo que sufrí
en horas de sombras llenas
grita el recuerdo: "Heme aquí",
y medio siglo de penas
surge de pronto ante mí.

Cuanto hiela el corazón,
cuanto su paz aniquila,
pasa sangriento y burlón,
y ante el retrato desfila
en lúgubre procesión.

El pérfido engaño artero
de la amistad sin conciencia
grita, pasando ligero:
"Te irá bien en la existencia
cuando estás tan placentero."

La Justicia, cuyo abrigo
jamás el alma sintió,
le dice irónica: "Amigo,
bien se conoce que yo
fuí por el mundo contigo."

La Fortuna, que a mi lado
pasó siempre mal y aprisa,
murmura en tono pausado:
"Bien revela tu sonrisa
que eres hombre afortunado."

Y la Muerte, que detrás
viene, pródiga de horrores:
"De mí no te quejarás;
yo no te quité jamás
hijos, ni padres, ni amores..."

Y así, bajo mis miradas
revueltos y confundidos,
desfilan dichas pasadas,
nobles afectos vendidos,
amistades engañadas,

el mal ciego, el odio ingrato,
la desventura inconsciente,
y el anhelar insensato...
mientras sigue eternamente
con su sonrisa el retrato.

.....

¡Ah, retrato...! ¿Qué te espera?
¿Cuál tu destino será
después de que yo me muera?
Mañana tal vez no habrá
ni quien conservarte quiera.

¿Te ocultarán, empolvado,
sin interés ni cariño,
o por quien me ame guardado
serás recuerdo sagrado
sobre el lecho de algún niño?

¿De amor la noble porfía
hará de ti relicario,
o irás a dar algún día
a poder de un anticuario
como vieja mercancía?

Tu rostro desconocido
¿satisfará los anhelos
de un plebeyo enriquecido
que diga tener *abuelos...*
y no los haya tenido?

¿Qué serás? ¿Estorbo o gloria?
Y cuando el tiempo y su guerra
borren mi nombre y mi historia
y no quede ni aun memoria
de que crucé por la Tierra,

si alguien pasa alrededor
del clavo que te sustente,
acaso, por todo honor,
preguntará indiferente:
“¿Quién sería este señor?”

Y unos pensarán tal vez
que era un infeliz mortal;
otros, que un hombre de prez;
éstos me tendrán por juez,
y aquéllos por criminal;

mas nadie verá grabada
sobre el retrato mi vida,
una vida noble, honrada,
que, si a veces fué vencida,
no fué nunca dominada;

vida que no se dobló
ni al interés ni al engaño,
que del bien no desertó,
ni por temor a su daño
la santa verdad calló;

que no aduló al pretender
prosternándose ante el necio,
ni se humilló por crecer,
ni se privó del placer
de prodigar su desprecio;

vida a que fueron unidas
muchas y ninguna ruin;
vida origen de otras vidas
también honradas... ¡al fin
de buena fuente nacidas!

¿Y nada de esto dirás,
retrato mal comprendido?
¿Ni me sobrevivirás,
ni los que vengan detrás
sabrán por ti lo que he sido?

¿Quién sabe? Quizás la suerte
de nosotros vaya en pos,
que no sólo el mal es fuerte,
y del poder de la muerte
nos libraremos los dos.

Tal vez, por ser lo que fuí,
de los siglos tras las simas,
como algo vivo de mí,
quede el eco de las rimas
en las que el alma vertí.

Tal vez mis pobres canciones,
respetadas del olvido,
salvando generaciones,
alienten los corazones
de seres que aún no han nacido.

No tendrá su inspiración
regia pompa soberana;
pero noble en su intención,
es consoladora, es sana,
lleva aliento al corazón;

es fe, que obliga a mirar
sin zozobra al porvenir;
es el canto singular
de quien desdeñó vengar
los agravios del vivir.

Porque probó la amargura
de la existencia y su cieno,
no quiso pintarla impura,
sino que ocultó el veneno
y dejó ver la dulzura,

pensando que, si mentía,
mintiendo, de los mortales
el Ideal sostenía,
y Dios hizo la Poesía
para que hubiera ideales.

.....

Pero, sea lo que quiera,
retrato, sombra de mí,
la suerte que al fin te espera,
viva mi recuerdo en ti
o contigo pase y muera,

si cuando yo muerto ya,
quien te compre o quien te mande
se pregunta: "¿Quién será?"
de fijo no acertará
si fuí chico o si fuí grande;

mas pienso con alegría
que, dándome justa palma,
dirá si en la muestra fía:
"Cuando así se sonreía,
debió tener noble el alma."

CANTO A LA ARGENTINA

OTRO mundo, otro mar, otro hemisferio,
hasta ayer, noble Pueblo, te escondían
en profundo misterio
que dos inmensidades envolvían.
Yermos tus valles, solas tus riberas,
la posesión del bosque enmarañado
se disputaban entre sí las fieras;
en tu campiña, de verdor desnuda,
ni un redil, ni una choza, ni un poblado;
¡siempre la Pampa impenetrable y muda!...
Y allá a lo lejos, tras las tierras llanas,
inmóviles y grandes,
alzando altivas sus cabezas canas,
las cumbres gigantescas de los Andes.

Y nada más. Tus caudalosos ríos
iban del mar al seno proceloso
sin fecundar bancales ni plantíos.
En vez de alegres huertos y pensiles,
sólo daba tu suelo generoso
la broza en que se ocultan los reptiles;

y de la noche augusta en el reposo
el viento no traía
las voces y cantares
que en la nocturna paz son alegría,
sino el rugir de pumas y jaguares
que en la sábana inmensa se perdía.

¡Cuánta vida tras la áspera corteza
de aquella tierra virgen despoblada,
de aquella colosal naturaleza!
Y ¡qué dolor de vida
corriendo desbordada,
sin recoger, sin encauzar, perdida...!
Aquella exuberancia poderosa
ni daba césped al mullido prado
ni fruto a la arboleda rumorosa;
era un gran florecer desordenado
que llenaba con bárbara largueza,
no de doradas mieses el sembrado,
sino de tallos broncos la maleza.
Tierra sin manos pródigas y amigas
nunca hallará rosal con que se alfombré:
piden un sembrador rosas y espigas,
y allí faltaba el sembrador: el Hombre.

Y el Hombre vino de remotos lares,
en lucha con los vientos y los mares,

y puso en ti su generosa planta.
 ¿Quién le traía? Un soplo de heroísmo,
 esa locura santa
 del que ama al Ideal más que a sí mismo;
 una sed insaciable
 de echar por dondequiera la semilla
 de su raza indomable,
 de la gloriosa raza de Castilla;
 sed de conquista inextinguible y brava,
 no por mezquinas ansias de provecho,
 sino por dar al mundo al que llegaba,
 la fe que ardía en su piadoso pecho
 y el idioma dulcísimo que hablaba.
 A esto trajo a aquel hombre su destino:
 su paso por la Pampa señalaba
 sembrando con *ombúes* el camino.
 Pensaba en el regreso, ¡bien sabía
 que iba en busca de zonas tan distantes,
 que al volver a la Patria, si volvía,
 convertidos en árboles gigantes
 los que dejó retoños hallaría!

Pero el paso del héroe y su bravura
 fué el soplo creador, recio y potente,
 que dió vida y calor a la llanura.
 Llevaba el borceguí de aquel valiente,
 tierra en el Mundo Viejo recogida,

y al poner en el Nuevo Continente
su victoriosa huella,
el polvo en que su planta se posaba,
se unió al antiguo conservado en ella,
y en el ligero roce de un segundo
la vieja tierra que su pie llevaba
la tierra fecundó del Nuevo Mundo.
Y todo se cambió desde aquel día.
Para dejar el puesto a la pradera
cayó la selva indómita y bravía;
al presentarse el Hombre, huyó la fiera;
donde el jaguar rugía
lanzó la oveja su balido suave;
poniendo dique al Mar se elevó el puerto;
airosa y blanca la velera nave
surcó el cristal del encauzado río;
poblóse de ciudades el desierto;
dió mieles a sus frutos el Estío,
y de la Pampa en la feraz grandeza,
en torno del alegre caserío,
sobre el collado limpio de maleza
tendió sus rubias mieses el plantío.

Jamás de tierra alguna conocida
fué más soberbio el despertar hermoso
ni más intensa la explosión de vida;
no de la vida estéril, aunque fuerte,

del pueblo belicoso
 que a la traidora máquina de muerte
 pide el poder que su grandeza funda,
 sino de aquella pródiga y fecunda,
 para todos piadosa,
 que del Trabajo redentor en nombre
 pide a la Madre Tierra generosa
 con la abundancia el bienestar del Hombre.
 Nunca fauna más bella y soberana
 puso en un pueblo su conjunto extraño:
 rizados montes de sedosa lana
 junto al ancho redil dejó el rebaño;
 de su piel y sus carnes el tesoro
 mugiendo por barrancos y laderas
 lució robusto el arrogante toro,
 mientras sobre el collado en que pacían
 en leche, sus astadas compañeras,
 la perfumada hierba convertían.

Por colinas y oteros
 el cabritillo indócil y salvaje
 mezclóse con ovejas y terneros,
 y el zancudo avestruz por la llanura
 brindó con su larguísimo plumaje
 gentil y regio adorno a la hermosura;
 en tanto que, orgulloso,
 con noble gallardía,
 de su harén en el centro bullicioso

triunfalmente se erguía
entre sus odaliscas resignadas,
ese sultán cantor, nuncio del día,
de roja cresta y plumas irisadas;
y allá, sobre la alfombra del potrero
que al sol se tornasola,
el caballo, en su cerca prisionero,
tendiendo al aire, al galopar ligero,
la hirsuta crin y la poblada cola.

Y aún guardaba riqueza más preciada
de la Pampa la estéril espesura
en su profundo seno sepultada.
Bastaba para verla al descubierto
con que al cruzar un hombre la llanura
cayese un grano sobre el surco abierto.
Y ese grano cayó. Como en la astilla
prende una chispa sola,
prendió en aquella tierra la semilla;
fué un florecer potente y soberano,
como una enorme ola
que avanzase, soberbia, por el llano;
ola gigante, desbordada, densa,
que, pródiga vertiendo su tesoro,
tendió feraz sobre la Pampa inmensa
la rubia alfombra de sus mieses de oro.
Y al dar en ella el segador acero

y desgranarse en bienhechor rocío,
llenó las eras, atestó el granero,
rompió los cauces, como hinchado río
de imponente crecida...

Aquello era la fuerza, el poderío,
la rica mina que el tesoro encierra,
fin de toda escasez, savia de vida,
que rebosaba de la fértil tierra
al germen y al trabajo agradecida.
Y de ese grano el manantial fecundo
corrió por todo el mundo
cual vínculo de paz, cual nuevo lazo
que juntaba las tierras más remotas.
De la alta grúa el gigantesco brazo
llenó con él los vientres de las flotas,
y mil navíos de hélice potente,
de sus repletos cascos al abrigo,
llevaron al antiguo continente
la riquísima ofrenda de aquel trigo...
Era el tributo que el amor refleja,
el necesario *pan de cada día*
que la hija joven a la madre vieja
a través de los mares ofrecía.

Mas no son tu poder y tu grandeza,
noble Nación, los dones solamente
que pródiga te dió Naturaleza;

aún más que por tu suelo floreciente
gloriosa senda el porvenir te traza,
por tu hermosa labor dura y paciente,
por la fuerza admirable de tu raza.
De tu raza... que son las razas todas
juntas en tu regazo,
donde quisieron celebrar sus bodas
y unirse amantes en estrecho abrazo,
para formar latinos y sajones
ese gran árbol, de jugosa entraña,
en que ramas de todas las naciones
brotan del tronco secular de España.
Por llevar en tus venas confundida
sangre de tantos pueblos diferentes,
corrió por ellas con vigor la vida;
hombres distintos y distintas gentes
diéronte sus virtudes una a una,
y ya naciste entre esplendor de gloria,
pues por rara merced de la Fortuna,
al entrar en la Vida y en la Historia
la santa Libertad meció tu cuna.

Y ella te hizo ser grande. Fué su mano
la que abrió con arranque generoso
las puertas de tu asilo soberano,
y acudió el Mundo entero presuroso
porque la Libertad lo recibía,

y con ella la paz de la conciencia,
el respeto a la fe que al hombre guía,
el fin de toda odiosa intransigencia,
del trabajo la firme garantía...

La hermosa Libertad odia lo mismo
al monstruo destructor de la anarquía
que al fantasma del negro fanatismo.

Salve, noble Nación, seguro puerto,
guardado por las olas y los Andes,
ayer triste desierto,
hoy pueblo rico, grande entre los grandes.
El Mundo Viejo, que antes te enseñaba,
hoy aprende de ti, de ti recibe
los tesoros que entonces te mandaba
y hasta el mismo sustento de que vive;
y atravesando mares,
a ti llegan sus hijos a millares
a realizar su anhelo
de beber enseñanzas en tu fuente,
de recoger riquezas en tu suelo
y de aspirar venturas en tu ambiente.
Llegan... y hallan la suerte apetecida,
pues dan a un tiempo, como doble palma,
tu tierra, el rubio trigo, ¡el pan de vida!,
tu aire, la Libertad, ¡el pan del alma!

LOS REYES MAGOS

HABITABA Juan Romillo,
y él la juzgaba un Edén,
su casa—choza más bien—
con su nieta Rosarillo.

Juan frisaba en los noventa,
que con vigor arrastraba;
Rosario sólo sumaba
diez abriles en su cuenta;

pero tan bien se entendían,
tan sin sombra de recelo,
que más que nieta y abuelo
dos amigos parecían.

El siempre tan vivaracho
y ella tan caripareja,
Rosario era allí la vieja,
y el señor Juan el muchacho.

Cuando Juan alguna vez,
por rara excepción, sombrío,
decía: "Pobre ángel mío,
consuelo de mi vejez,

yo voy a morirme pronto";
ella, alegría fingiendo,
le contestaba diciendo:
"Abuelito, es usté un tonto.

Si está empezando a vivir,
¿por qué apurarse desea?"
Y ahuyentándole la idea
le obligaba a sonreír.

Y hasta en algunas veladas,
del amplio hogar el reflejo,
ella entretenía al viejo
contándole cuentos de hadas,

y relatos caprichosos
de duendes y encantadores,
heraldos predecesores
de los sueños venturosos.

De esta suerte el señor Juan,
a quien todo sonreía,
siempre en su alegre alquería,
donde no faltaba el pan,

de la vida en el poniente
gozaba feliz y honrado
de un reposo bien ganado
con el sudor de su frente.

“Abuelo, ¿qué me traerán
los Reyes Magos mañana?”,
Rosarillo muy ufana
preguntaba al señor Juan

la víspera de la fiesta.
El viejo, aunque bien la oyó,
que no escuchaba fingió,
y eludió darle respuesta.

Era inútil, en verdad,
lo que el anciano callaba,
pues Rosario no ignoraba
que al volver de la ciudad

su vecina doña Rosa
—la que siempre algo traía—,
ya regresó en compañía
de una muñeca preciosa.

Con un rubio y largo pelo
que en mil rizos se derrama,
bien la vió bajo la cama
donde la ocultó el abuelo,

luciendo su falda hueca
con solemne compostura:
aquello era ¡la ventura!
un sueño, no una muñeca.

No queriendo malograr
con su insistir indiscreto,
sin embargo, aquel secreto
que él se gozaba en guardar,

cambió de conversación,
estuvo un rato charlando,
y se fué a dormir, dejando
su zapato en el balcón.

¡Con qué solícito afán,
con qué ansia mal comprimida,
así que la vió dormida,
fué a su alcoba el señor Juan,

y volviendo al poco rato
con el gozo en la mirada,
la muñeca codiciada
colocó junto al zapato.

“Mañana la encontrará
—decíase enardecido...—
Pensará que la han traído
los Reyes Magos quizá!”

Y en dulces delirios vagos,
que la edad estimulaba,
él también se figuraba
que vienen los Reyes Magos.

Asomado a aquel balcón,
de sus noventa a través,
pasar miraba a sus pies
la mágica procesión;

los Monarcas, los bridones
con rendajes de oro bellos,
los esclavos, los camellos,
los mil riquísimos dones;

y casi fuera de sí,
ante la visión soñada,
dijo con voz apagada:
“¿Por qué no también a mí?”

¿Fué un pensamiento insensato?
¡Quién sabe! Sólo se vió
que junto al otro dejó
su tosco y viejo zapato,

y como un niño inocente
que se queda satisfecho,
se fué tranquilo a su lecho
y se durmió sonriente.

.....

.....



No fué mentida ilusión
de un fugaz delirio insano,
ni el señor Juan puso en vano
su zapato en el balcón.

¿Qué fueron, sino los dones
de la regia cabalgata,
de aquella noche tan grata
las venturosas visiones?

Por Oriente un nuevo día
despuntaba luminoso:
Juan trabajaba gozoso
porque a ser joven volvía,

mas de su labor penosa
la siempre viva ansiedad,
su bien labrada heredad
pagábale generosa.

Tendía por el otero
la rubia mies su tesoro,
y era una montaña de oro
la mazorca en el granero.

Rosario, ya grande, hilaba
con un rapaz a los pies,
más rubio que aquella mies
que al otero brillantaba,

y una pesada carreta
llevaba al Lugar el grano,
bajo la robusta mano
del esposo de su nieta.

¡ Ah, dulcísima visión !
Abundancia, lozanía,
vida, paz, fuerza, alegría...
¡ Los Reyes... ! ¡ Los Reyes son !
.....
.....

Cuando al rayar la mañana
Rosarillo alzó la frente,
fué a buscar alegremente
su muñeca a la ventana.

Ya iba con ardiente anhelo
la ansiada presa a alcanzar,
cuando vió, del suyo al par,
el zapato de su abuelo ;

y pensó, mientras tocaba
con la muñeca el Edén:
"Se conoce que él también
su regalillo esperaba";

y lanzando agudo grito,
de su impaciencia reflejo,
corrió a despertar al viejo
diciendo: "¡Arriba, abuelito!"

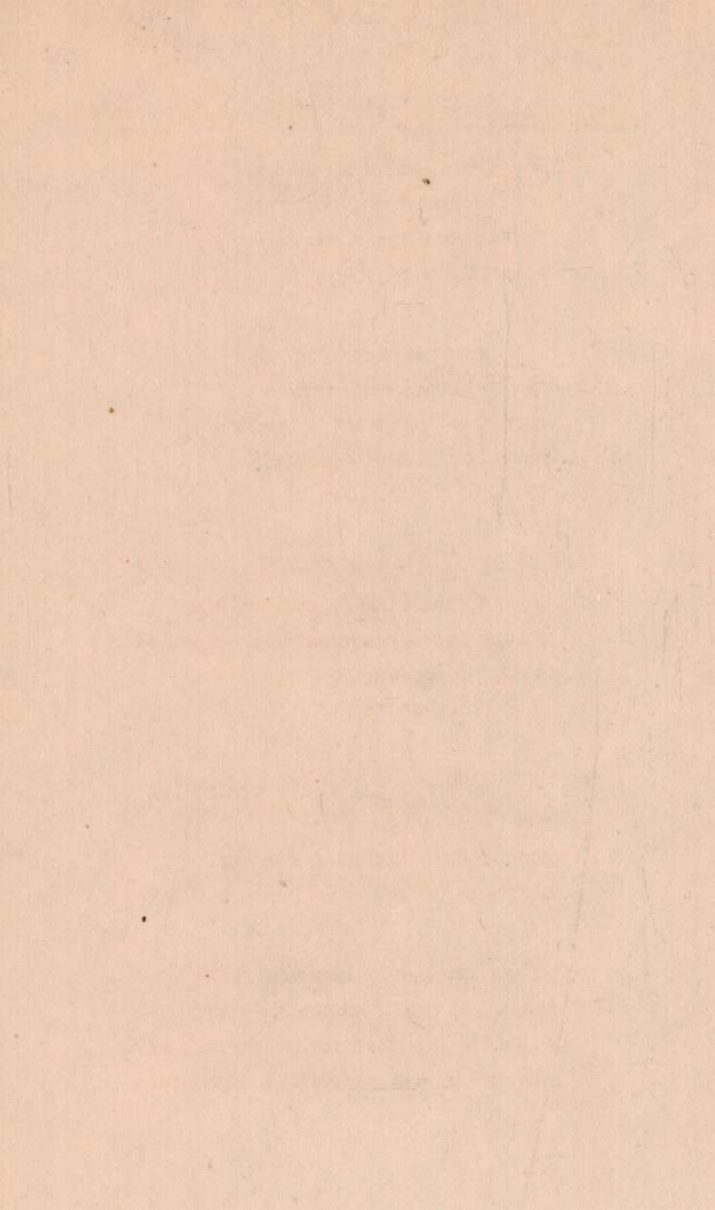
.....

.....

Juan, entre tanto dormía,
dormía y no despertaba:
Rosarillo le llamaba
y el viejo no respondía...

¿Qué era aquel sueño profundo?
Acaso el *mágico* dón,
porque había en su expresión
algo que no era del Mundo.

Era un hondo bienestar,
era un sueño placentero,
dulce, feliz, duradero...
¡Un sueño sin despertar!



EL ORO

EL oro, de la Tierra en las entrañas
ocultaba al mortal sus ricas venas;
guardábanlo entre rocas las montañas;
los ríos entre guijas y entre arenas.

Juzgando el de la peña escaso abrigo
puso el mortal su vista en el tesoro,
y vió la Tierra al Hombre, su enemigo,
romper la roca y encontrar el oro.

Pero al sentir, tras la enconada guerra
el despojo seguir al vencimiento,
“¡Juro vengarme!”, murmuró la Tierra,
y por Dios que cumplió su juramento.

“Te darán mis entrañas virginales
cuanta riqueza anhele tu codicia;
pero al abrir del oro los raudales
cerraré los del Bien y la Justicia.

Ese metal tras el que corres ciego
era en mis venas necesario jugo;
me lo arrancas cruel, y te lo entrego;
pero en tu crimen llevas tu verdugo.

Esclavo de lo mismo que ambicionas,
por cada goce te daré cien penas;
el oro, al parecer, labra coronas;
el oro, en realidad, forja cadenas.

Puesto que al ir tras él todo lo olvidas,
no extrañes las espinas de sus flores;
la Tierra te da el oro... No le pidas
ni paz, ni fe, ni lealtad, ni amores.”

Y así fué. Del mortal el ansia loca
no vió nunca su sueño realizado,
que el primer grano que entregó la roca
ya lo entregó de sangre salpicado;

pues con el oro, que con varios nombres
como germen del mal corrió fecundo,
después que el odio separó a los hombres
vino la guerra a ensangrentar al Mundo.

Al lado de la mina que se abría,
lo mismo que a su presa sigue el lobo,
junto al metal ansiado que surgía,
surgió el fantasma pálido del robo.

Y allí mismo, pidiéndole la palma
de su poder irresistible y duro,
sobre las ruinas del amor y el alma
alzó el hombre su altar al dios impuro.

Del nuevo rito, que perenne queda,
fruto nefando y a la vez castigo,
la aparición de la primer moneda
trajo la muerte del postrer amigo.

Como incendio voraz que aviva el viento,
rompió cuanto ligaba a los humanos,
creció su culto, y desde aquel momento
ni volvió a hablar la sangre ni hubo hermanos.

Hasta en los brazos de su madre el mozo,
por ansia de riqueza maldecida,
parricida moral, miró con gozo
que el término llegaba de su vida.

El mismo amor, cuyo inmortal destino
es derramar venturas y embelesos,
puso en subasta su favor divino,
vendió sus dones y pujó sus besos;

y muerto todo impulso de nobleza,
profanando los cándidos azahares,
aun la flor virginal de la pureza
contrató con el oro en los altares.

De él nace el odio, el malestar profundo,
la torpe infamia que en el mal se emplea:
no se ha vertido lágrima en el mundo
de la que el oro cómplice no sea.

Y el Hombre siempre entre sus garras gime,
y ahoga en su pecho del dolor el grito,
y besa la cadena que le oprime,
y quema incienso ante el altar maldito.

Tierra que lo produces, Tierra impía,
ciega la fuente del fatal tesoro:
sólo si el oro en ti se agota un día
podrá el Mundo tener su edad de oro.

RECUERDOS CHILENOS

A D. J. M.^a Cifuentes.

ME dices en tus versos, ramo de flores
nacido entre las nieves de tu montaña,
que desciendo de aquellos conquistadores
que conquistaban mundos para su España;

porque, según afirmas, los versos míos,
al resonar de Chile por las regiones,
si no ganaron reinos y señoríos,
ganaron amistades y corazones.

Y añades que en la ruda lucha bizarra
donde venció conmigo la Patria mía,
mi clarín de combate fué la guitarra;
mi hierro, el de la reja de Andalucía.

Mis rimas no son bellas; te lo parecen
porque son del amigo, del compañero;
pero aunque las encumbres más que merecen,
hay algo en lo que dices de verdadero.

Lo que tú encuentras grande no es mi poesía,
sino el tropel de cosas que la acompaña;
mi voz conquista amigos, no por ser mía,
sino por ir en ella la voz de España.

Y la voz de la madre que hemos querido,
si la ausencia nos rinde bajo su peso,
cuando vierte sus notas en nuestro oído,
más que voz, es caricia, música y beso.

Y aún siente el hijo amante dicha más pura
si no hay en su abolengo sino heroísmo;
si, juntando las glorias a la ternura,
quien dice España y Madre dice lo mismo.

Aunque en tu noble tierra ya no tremola
la enseña roja y gualda que a otras cobija,
siempre corre por ella sangre española
y es de aquella gran madre la mejor hija.

Por eso cuando en dura jornada errante
pisé su suelo fértil que la luz baña,
no me sentí extranjero ni un solo instante;
cuanto encontré a mi paso *me supo* a España.

No a esta España de Judas y de plebeyos,
sin virtud ni grandeza, glorias ni nombres,
regida por histriones y leguleyos
con máscara grotesca de grandes hombres.

Me supo a aquella España, luz de la Historia,
madre de cien naciones, de todas guía,
que hasta ensanchó el planeta, porque su gloria
sólo en el Mundo Viejo ya no cabía;

a la que siempre ansiosa de empresas grandes,
tras descubrir imperios y continentes,
siguiendo a los condores cruzó los Andes,
buscando nuevas razas tras sus vertientes.

De ella nació tu Chile que la refleja;
de sus conquistadores, de sus guerreros,
y como fué su madre la España vieja,
salió un pueblo de hidalgos y caballeros.

Un pueblo en que el ambiente nunca se empaña;
un pueblo en el que es todo cortesanía;
un pueblo en que hasta el cielo copia al de España,
porque parece el cielo de Andalucía.

Su luz vivificante, rica en colores,
se comunica a todo, cosas y seres,
y da jugo a la tierra pródiga en flores,
y hace flores del rostro de las mujeres.

De esa mujer divina que en Chile impera,
que es imán de los ojos si ante ellos cruza,
la más bella en el mundo... si no tuviera
su rival o su imagen en la andaluza.

Todo vive en tu pueblo bajo su encanto
y tu Santiago es copia de mi Sevilla,
cuando aquellas mujeres lucen su manto...
el hermano gemelo de la mantilla....

Los dos de la belleza son aureola,
y se ciñen a talles de garbo llenos,
y encuadran con la misma gracia española
los mismos adorables rostros morenos;

rostros donde los labios fingen rubíes;
rostros a cuyos ojos el Sol asoma;
rostros que son la envidia de las huríes
con que para su cielo soñó Mahoma.

Sí, de huríes divinas es su hermosura,
porque hay en ellas mucho de mahometano;
hasta ese manto mismo, ¿no es por ventura
atavismo moruno más que cristiano?

Desde Oriente a tus nobles tierras lejanas
vino cubriendo siempre caras morenas;
tomáronlo a las moras las sevillanas,
y éstas se lo mandaron a las chilenas.

Por eso lo ves todo bajo sus tocas:
Sevilla y el desierto, cumbres y valles...
¿Qué son sino claveles aquellas bocas?
¿Qué son sino palmeras aquellos talles?

Todo me dió en tu noble Pueblo querido,
la sensación intensa de la Poesía,
de la pródiga tierra donde he nacido;
pero aún más que de España de Andalucía.

Santiago con su abrupta sierra nevada,
donde hielos y nubes se mueven guerra,
se presentó a mis ojos como Granada,
también blanca y dormida bajo su sierra.

En ambas sólo azahares la brisa mueve,
y ambas tienen del monte junto a la falda,
bajo el mismo argentado dosel de nieve,
la misma regia alfombra verde esmeralda.

De ambas huésped dichoso por mi fortuna,
yo hallé brazos amigos, manos piadosas...
¡Las dos tienen la misma virtud moruna
de ser hospitalarias y generosas!

Y es que en las dos ciudades vive igualmente
un pueblo que su historia morir no deja,
galante, aventurero, noble, valiente...
lo que ya se ha perdido ¡la España vieja...!

La que hoy yace sin fuerzas, mísera y sola...
te lo juro: mirada por ese prisma,
hoy, cuando ya tu tierra no es española,
es tal vez más España que España misma.

PETENERA Y VIDALITA

R ECIÉN lanzada con brío
por una boca hechicera
volaba una petenera
por Sevilla, junto al río,

cuando oyó que allá distante,
como un eco encantador,
vibraba el dulce rumor
de otro cantar semejante.

Era una tarde florida,
tibia, fragante, lozana;
una tarde sevillana
de esas que alegran la vida,

en que en calles y verjeles,
ni se oye más que cantares,
ni se pisa más que azahares,
ni se ve más que claveles.

La petenera, asombrada
por la extraña melodía,
que repetir parecía
su misma copla acordada,

buscando la explicación
preguntó con tono seco:
—¿Es otra voz, o es el eco
quien repite esta canción?

Y resonando hasta allí
repuso una voz lejana:
—Y tú ¿quién eres, hermana,
que me preguntas así?

—¡Hola! ¿Eres otro cantar?
—Sí—respondióle el segundo.
—¿Dónde estás?—En otro Mundo,
muy lejos, pasado el mar...

—Pues te pareces a mí
por tu tono dulce y suave.
—No sé mi origen. ¡Quién sabe
si habré nacido de ti!

—¿Te tienes por extranjera?
—Tu voz mi sospecha incita.
—¿Tu nombre? —La vidalita.
¿Y el tuyo? —La petenera.

—¿Andaluza? —Claro está:
de Sevilla, del Edén...
—Yo debo tener también
sangre andaluza. —Quizá.

Tienes rasgos singulares
que son de la patria mía.
—Dicen que es Andalucía
la tierra de los cantares.

¿Eso es cierto? —A no dudar:
mira, yo he nacido allí,
y te aseguro que a mí
no me dejan descansar.

Yo estoy desde que amanece
en labios a toda hora,
del que ríe, del que llora,
del que ama, del que aborrece.

¿Que alguno se guareció
contra el Sol, bajo una parra?
Pues allí está la guitarra
y en la guitarra estoy yo.

¿Que en la mantilla una hermosa
una rosa luce o más?
Pues se puso a mi compás
si va bien puesta la rosa.

¿Que la espita del tonel
da paso al licor divino?
Pues ¿qué vino sabe a vino
si no va el canto tras él?

¿Que una negra cabellera
lleva un gracioso ondulado?
Para ayudar al peinado
se inventó la petenera.

¿Y la noche? ¿Qué sería
sin mi voz, que sal derrama,
de esa aurora que se llama
la noche de Andalucía?

¿Tuvieran risas ni amores
junto al trigo de las eras
gañanes y cortijeras,
zagalas y trilladores?

¿Descansara el segador
de la penosa jornada,
ni la moza enamorada
supiera explicar su amor?

Sin mi voz, sin la poesía
que en ella late y se encierra,
ni diera flores la tierra,
ni el aire luz y alegría,

ni el mal tuviera consuelo,
ni las almas se juntaran,
ni quién sabe si brillaran
las estrellas en el cielo.

Me buscan mozas y viejas,
me adoran necios y sabios,
me cantan todos los labios,
me saben todas las rejas;

de aquella tierra sin par
soy algo que en todo anida;
soy la esencia de su vida,
soy el alma popular.”

Esto diciendo calló
la copla alegre y ligera,
y al callar la petenera
la vidalita siguió:

“—Con lo que decir te oí,
que es, aseguro de nuevo,
hija esta sangre que llevo
de la que corre por ti.

También yo soy alma y luz,
soy lo que el vigor mantiene
del pueblo gaucho, que tiene
mucho del pueblo andaluz.

También de mi voz sonora
cuando el eco se levanta,
aquel pueblo, al par que canta,
ama y piensa, ríe y llora;

porque en mi tierra bendita,
que es también tierra de flores,
ansias, fe, penas y amores,
todo se hace vidalita.

Mi esencia es tu misma esencia,
donde te inspiras me inspiro;
y acaso, si bien lo miro,
mi cadencia es tu cadencia.

Esa cadencia moruna
que habla de noches templadas,
y de palmeras besadas
por los rayos de la luna.

Ritmo que marca el placer
de aquel pueblo soñador,
que hace vida del amor
y diosa de la mujer;

pueblo que en notas escribe
cuando le excita o le hiere,
pues sólo cantando quiere
y sólo queriendo vive.

También en las noches puras
de mis pampas infinitas
resuenan las vidalitas
por potreros y llanuras,

cuando al lado de su amada
el gaucho, que amores siente,
cantándolas dulcemente
reposa de su jornada.

También mis ecos divinos
anidan entre las rosas
en las *estancias* hermosas
de los campos argentinos;

y a la sombra de la parra,
en la ciudad, en la aldea,
si una guitarra rasguea,
yo voy en esa guitarra.

También soy la compañía
del que goza y del que oprime,
del que adora y del que gime,
del que anhela y del que espía;

también vibrante nací
del alma gaucha sincera;
también soy la Pampa entera,
que es mi madre y vive en mí."

Así de hablar acabó
la vidalita discreta,
y entonces dijo el poeta
que ambos discursos oyó:

"—Volad, canciones divinas;
volad, felices hermanas,
por las huertas sevillanas
y las pampas argentinas;

el grato y rítmico són
de vuestras notas vibrantes
junta a dos pueblos distantes
en una sola canción;

pueblos que aunque aparte el mar
nada podrá desunir,
porque es el mismo el sentir
cuando es el mismo el cantar,

¿Qué importan los oceanos,
si más fuerte que los mares
dos pueblos en dos cantares
se dan abrazo de hermanos?

La suerte así los enlaza.
Petenera y vidalita,
¡sois la cadena bendita
que junta a toda una raza!"

A ROSARIO GONZALEZ LABARGA

NACISTE de otro mundo en las orillas,
fruto del maridaje sorprendente
de aquel sol tropical vivo y ardiente
con la espuma del mar de las Antillas.

Piden ser adorados de rodillas
de tus ojos la luz, de amores fuente,
la pálida azucena de tu frente,
los capullos en flor de tus mejillas.

Tu noble perfección, que al alma llega,
te hacen ser a la par—tal es su brillo—
virgen cristiana y escultura griega.

Te formaste en el molde donde un día
Fidias colaborando con Murillo
fundió en un ser a Venus y a María.

¡MADRE TIERRA!...

MADRE Tierra, madre hermosa,
de azucena y lirio y rosa,
la clemente, la amorosa,
la divina, la feraz;
traigo el alma hecha pedazos
del dolor por los zarpazos;
ábreme ¡oh Madre! los brazos;
dame olvido, dame paz...

Busco, cansado de guerra,
la calma que en ti se encierra;
vengo huyendo, Madre tierra,
del Mundo donde sufrí;
deme tu piadoso seno
el antídoto al veneno,
que vengo de espinas lleno
y tengo sed... ¡sed de ti!

Sed de brisas y de flores,
de arroyos murmuradores,
de canto de ruiseñores,
de reposo bienhechor;
sed de fuentes y cascadas,
de frondosas enramadas
y de noches estrelladas
en que el cielo vierte amor.

Dame con pródiga mano
luz bendita y aire sano;
lo que, ciego, pedí en vano
al mundo injusto y cruel:
tus maternales entrañas
no ocultan odios ni sañas;
tú no mientes, tú no engañas,
tú eres buena, tú eres fiel.

Por eso gozo contigo
y busco tu santo abrigo
como el del único amigo
que no encierra falsedad;
y digo con alegría:
Madre tierra, madre mía,
no quiero más compañía
que tu hermosa soledad.

De un huerto por mí regado
junto al florido cercado
quiero dormirme arrullado
por la fontana al correr,
y que esa misma fontana
me despierte a la mañana
cuando llame a mi ventana
la luz del amanecer.

Quiero, sin pensar siquiera
del mundo en la lucha fiera,
donde la traición impera
y el bien cede y triunfa el mal,
lejos de humanas pasiones
reducir mis ambiciones
a que den nuevos botones
las rosas de mi rosal.

Quiero en paz que nada altere,
cuando su luz ya no hiere,
ver a la tarde que muere
entre nubes de arrebol,
y luego al volver el día
su collar de pedrería
que prado y monte rocía
romper sobre el campo el sol.

Ver del granado a las flores
lucir sus rojos colores,
como labios tentadores
donde hay besos a granel,
y en fruto la flor trocada
desgranarse la granada
en riquísima cascada
de rubíes y de miel.

Ir por llanuras y lomas
bañándome en luz y aromas
y tomando en las palomas
lección de fidelidad;
en las siembras, de abundancia;
en las flores, de fragancia;
en la abeja, de constancia,
y en el mastín, de lealtad.

Escuchar, vago, perdido,
como eco, desvanecido,
del rebaño entre el balido
las endechas del pastor,
mientras canta con dulzura
la tórtola en la espesura
la más tierna, la más pura,
de las baladas de amor.

Ver cómo el céfiro leve
que en la flor perfumes bebe
con su beso riza y mueve
la ola de oro del trigal,
y al mismo beso sonoro
y como nuevo tesoro
sacudir su fleco de oro
la mazorca en el maizal.

Sentir lejanas, ligeras,
las canciones plañideras
de las roches de las eras,
descanso del labrador;
noches del calor violento
en que el trigo polvoriento,
antes de ser alimento,
es cama del trillador.

Quiero, al fin de mi jornada,
¡oh Madre tierra sagrada!
mi sien marchita y cansada
reclinar dichoso en ti;
quiero un huertecillo estrecho,
quiero un hogar bajo un techo,
un libro, un árbol, un lecho...
¡eso es todo para mí!

.....

Madre tierra, madre hermosa,
de azucena y lirio y rosa,
la clemente, la amorosa,
la divina, la feraz;
vengo a ti de espinas lleno,
dame antídoto al veneno,
deja que beba en tu seno
con el olvido la paz.

Sangra el alma dolorida
por la siempre abierta herida
con que rompieron mi vida
el odio y la ingratitud;
curen ¡oh, Madre! mis males
tus brisas primaverales
y tu sol y tus rosales,
fuentes de gozo y salud.

Y cuando con su zarpazo
rompa la muerte este lazo,
sepúltame en tu regazo;
pero solo, en un alcor,
del paso de todos fuera...
¡ Si alguien junto a mí durmiera
quizá hasta allí me siguiera
de los hombres el rencor !

Quiero en un sitio desierto
y por ti, Madre, cubierto,
aun allí, después de muerto,
vivir muerto para ti;
que, pues, en vida la muerte
en tu seno se convierte,
quiero en flores devolverte
las flores que te pedí.

LAS ARGENTINAS

SEGÚN me han dicho, parece
(no puedo afirmar de cierto
ni el día, que desconozco,
ni el lugar, que no recuerdo),

parece, digo, que un día
cita en un punto se dieron
hombres de las razas todas
que pueblan el Universo,

y desde el negro de Nubia
al nipón amarillento,
del septentrional rosado
al meridional moreno,

fueron llegando a la cita,
bien distintos en su aspecto,
los rojos, los bronceados,
los blancos y los trigueños.

Cuando, al fin, llegaron todos,
empezó a hablar uno de ellos,
no sé si eslavo o latino,
ni me interesa saberlo;

sé que dijo de esta suerte:
“Pues, al fin, juntos nos vemos,
sin andarnos por las ramas
vamos pronto a nuestro objeto.

Es preciso que entre todos,
aunando nuestros esfuerzos,
hagamos un tipo humano
más gallardo, más perfecto.

Y pues que son las mujeres
la fuente de que nacemos,
que haya mujeres hermosas
tiene que ser lo primero.

Lo más bello de su raza
cada cual aporte luego,
y hagamos una que sea
de toda hermosura espejo.”

Cuando acabó el Presidente
su discurso, de su asiento
se levantó un italiano
y dijo: “Hablaré el primero.

Yo traigo lo que se pide,
pues vine para traerlo;
el modelo de mi patria,
que es de belleza modelo.

Traigo a la hermosa Julieta,
la del rendido Romeo,
inocente, apasionada,
niña y mujer, tierra y cielo,

con aquellos grandes ojos
claros y oscuros a un tiempo,
por lo dulces más que azules,
por lo vivos más que negros.

Vedla. ¿Queréis hermosura?
Pues fingíosla un momento,
asomada a la ventana
de la luna al rayo trémulo,

cambiando con su adorado
aquel dulcísimo beso
que alondras y ruiseñores
saludaban con gorjeos.

Más acabada hermosura
no la ofrece ningún pueblo;
¿por quién, sino por Italia,
sabe el mundo lo que es bello?"

"¡Alto—gritó, levantándose,
un alemán gordo y fresco,
con manzanas por mejillas
y oro puro por cabellos—,

si de la belleza humana
se busca el tipo selecto,
no hay nadie que a Margarita
pueda disputarla el puesto.

Ella es juventud, es vida;
vida de tan hondo fuego,
que a la lumbre de sus ojos
se hizo joven Fausto el viejo.

Rosa y coral, oro y nieve,
su divino rostro hicieron,
de una raza fuerte y pura
cifra y honor y compendio.

Vedla en su jardín sentada,
flor de amor, de aroma intenso.
¿Queréis mujeres hermosas?
Pues tomadla por ejemplo."

"No es la mujer alemana
—dijo un inglés grave y tieso
con monóculo de concha
y afeitado con esmero—

la que debe ser el tipo
que para muestra copiemos:
la hermosura femenina
tiene en la inglesa su sello.

Margarita junto a Ofelia
(que es inglesa de abolengo,
aun cuando de Dinamarca
viese la luz en el reino)

no es nada; verdad que es blanca,
que tiene de cisne el cuello,
que son sus ojos azules
como los lagos serenos;

pero le falta poesía,
le falta lo novelesco,
el sueño no realizado
—que es tan hermoso por eso—:

morir de amor, a los goces
renunciando sin esfuerzo,
e ir entre flores dormida
sobre las aguas sonriendo.

Ofelia ser debe el tipo
de hermosura que adoptemos:
la inglesa, la vaporosa,
la del talle siempre esbelto,

la práctica, la que liga
la realidad con el sueño,
la hija de Albión, cuyas leyes
tienen al mundo sujeto.”

Lanzando una carcajada
de mal oculto desprecio,
y levantándose airado,
dijo un francés: “Acabemos;

ni a Ofelia ni a Margarita
ni a cuantas citéis acepto,
porque yo traigo al concurso
de lo hermoso el tipo eterno.

Belleza sin tacha alguna
no hay más que la que os ofrezco:
la de Eloísa, cuyo nombre
lleva el del Amor envuelto.

Aún, después de tantos siglos,
al pie de su mausoleo
vienen a jurarse amores
amantes del mundo entero.

Y es que Eloísa es la constancia,
de amor el goce supremo,
lo único que hace adorable
de la existencia el destierro;

es la francesa: ella sola
de agradar sabe el secreto,
y une a lo dulce lo alegre,
lo profundo a lo ligero.

La belleza femenina
no busquéis sino en su centro,
porque ha nacido francesa
y tiene en Francia su imperio."

"¿De modo que la española
no es nada, por lo que veo,
y ni en Teruel hubo amantes
ni Isabel amó a su Diego?

—repuso una voz burlona
con vivo y sonoro acento
español por la firmeza
y andaluz por el ceceo—.

¡ Válgame Dios con las cosas
que estoy hace rato oyendo,
y vaya unas herejías
que decís los extranjeros !

¿ Con que Ofelia, o Margarita,
o Julieta ? ¡ Ya estáis frescos !
Junto a Isabel de Segura
quítense todas de en medio.

Isabel es la firmeza,
el amor de encantos lleno,
la abnegación decidida,
la dicha en el sufrimiento ;

es... la mujer española,
o lo que es igual, lo tierno,
lo dulce, lo generoso,
lo señoril, lo discreto ;

lo que tan sólo en mi tierra
buscará quien no esté ciego,
porque Dios hizo allí el molde
y allí lo rompió, diciendo :

“Salió una mujer divina,
y a hacer otra más no pruebo
porque como la primera
no me sale: lo estoy viendo.

”De repetir el ensayo
tendría que hacer primero
otra tierra tan hermosa
y otros campos tan risueños,

“y otros claveles tan grandes,
y otros bosques tan espesos,
y otra nueva Andalucía,
y aun quién sabe si un Sol nuevo;

”y todo eso es trabajoso,
y yo voy estando viejo;
¿me salió bien la que hice?
pues me doy por satisfecho.”

Esto dijo Dios, señores;
con que dejaos de cuentos,
que donde está una española
ella manda: no hay más que eso.”

Siguió al extraño exabrupto
tan descomunal estruendo
de voces y de protestas,
de gritos y de denuestos,

que levantar fué preciso
la sesión, ya sin objeto,
pues lo que empezó en debate
terminaba en reñidero.

¿Volvieron a reunirse?
¿Tomaron algún acuerdo?
¿Cuál fué el tipo de hermosura
que entre todos eligieron?

Yo no lo sé: sé que un día
de la suerte el mar revuelto
llevóme en largo viaje
a otro mundo, a otro hemisferio;

sé que llegué a un pueblo noble,
grande, hospitalario, bueno,
donde tiene cuanto es vida
colosal florecimiento;

pueblo donde el clima es dulce,
tibio el aire, rico el suelo,
las amistades seguras
y generosos los pechos;

y sé que en él sorprendíome
como un extraño portento
el ver de aquellas mujeres
el tipo humano perfecto;

no un tipo igual, uniforme,
sino, al contrario, diverso,
donde de todas las razas
hay rasgos al mismo tiempo;

junto a la del amplio talle,
la del pie breve y pequeño;
junto a la de ojos azules,
la de rizos como el ébano;

al lado del blanco rostro
que al nácar da envidia y celos,
otro del que se creyera
que testó el Sol del desierto;

al lado de Margarita
con oro en trenzas por pelo,
de Isabel los negros ojos
que lanzan de amor destellos;

y Ofelia al par que Eloísa,
y Ninón y Aspasia y Hero;
lo español y lo italiano
y lo sajón y lo heleno,

todo mezclado y fundido
en un conjunto soberbio
de belleza, de poesía,
de gracia, de amor, ¡de cielo!...

.....

.....

Preguntando por la causa
de aquel prodigio estupendo,
oí decir que nuevamente
a congregarse volvieron

los hombres de cuantas razas
pueblan del Mundo los términos,
para elegir entre todos
de la hermosura el modelo;

y que no habiendo ninguno
que cediese de su empeño,
acordaron entre todos,
como fórmula de arreglo,

que cada raza pusiese
algo suyo, lo más bello,
y de esa suerte ninguna
pudiera quejarse luego;

que se hizo; que del ensayo
todos quedaron contentos,
y que esa mujer perfecta
vino de América a un pueblo...

.....

Mujeres de la Argentina
—vosotras debéis saberlo—,
¿cuál fué el pueblo afortunado
que las razas eligieron?

¿Cómo se llama esa hermosa
de las hermosas ejemplo?
¿Preferís que yo os lo diga,
o que os lo diga el espejo?

A UN NIÑO

Pobre niño, pobre flor,
que apenas empieza a abrir,
y aún ignoras del vivir
la miseria y el dolor;

duerme en tu cuna mecida
por el maternal empeño;
no salgas aún de ese sueño,
no entres tan pronto en la vida,

aunque su voz mentirosa
gritando alegre: "¡Despierta!"
llame de tu alma a la puerta
jurándote que es hermosa.

Tus blondos rizos al ver,
tu inocencia y tu alegría,
yo no sé lo que daría
por no dejarte crecer.

Si tu faz de seda y grana
miro con placer inmenso,
casi lloro cuando pienso
que serás hombre mañana.

Que tus divinas facciones
en el pasar de los años,
ajarán los desengaños
y sellarán las pasiones;

que ese infantil balbuceo
que en tus labios gracia toma,
y que es canto más que idioma,
más que palabra, gorjeo,

será en alguna ocasión
lenguaje de la perfidia,
que enronquecerá la envidia
y hará duro la traición.

Yo quisiera tu ignorancia
siempre, cual hoy, mantener;
parar del tiempo el correr
y hacer eterna tu infancia;

que de tus ojos el velo,
siempre limpio, siempre igual,
no copiara en su cristal
más que matices de cielo,

sin que en tus pupilas puras
se reflejasen mañana
del fondo del alma humana
las tenebrosas negruras.

No crezcas más... Tú imaginas
que la existencia es hermosa:
quien ve de lejos la rosa
¿qué sabe si tiene espinas?

Hoy sus brillantes reflejos
bella te hacen ver su huella;
y no es que la vida es bella,
sino que la ves de lejos;

que para ti empieza ahora
y todo de luz se viste,
porque hasta el día más triste
tiene risueña la aurora.

De conservar siempre cuida
el perfume que hoy exhalas:
no manches tus blancas alas
con el fango de la vida.

Su destructora inclemencia
suele hacer, pérfida y dura,
fealdad de la hermosura
y engaño de la inocencia.

En ella, con varios nombres,
todo es mal, odio, falsía...
¡Mira tú si será impía
que hasta hace a los niños hombres!

Pero mentí; no es verdad
—y en ti, al decirlo, me fundo—
que no haya nada en el mundo
que dé la felicidad.

Algo la da bien cumplida:
la ventura es sonreír,
es ser un niño, es vivir
sin saber lo que es la vida;

pensar que de ella detrás
van la dicha y la bonanza,
y abrigar esa esperanza...
sin comprobarla jamás;

soñar con aves y flores
en una cuna dichosa
bajo las alas de rosa
del ángel de los amores,

que del canto maternal,
por la dulzura atraído,
surge ante el niño dormido
bajo un flotante cendal.

Oye bien esa canción,
de dichas pródiga fuente;
recuérdala eternamente,
grábala en tu corazón,

y que siempre vibre en él
como el eco placentero
del más dulce, del primero,
del único amor que es fiel:

del de la madre querida,
noble, pura, resignada,
por nadie bien apreciada
sino después de perdida.

Pobre niño, pobre flor
que apenas se empieza a abrir.
¿Tú has de empezar a sufrir?
¿Tú vas a sentir rencor?

¿De tu alma el cristal sereno
van a enturbiar los dolores?
¿Donde el candor puso flores
pondrá la vida su cieno?

¿Se han de manchar, el encanto
perdiendo que el bien respira,
tu boca con la mentira
y tus ojos con el llanto?

No sabes con cuánta pena
pienso, al mirar tu hermosura,
que ha de perder su blancura
la angelical azucena.

Si me dieran a elegir
—no me lo querrás creer—,
mejor que verte crecer
quisiera verte morir.

Pues la impureza y el duelo
fuerza es que manchen tus galas,
antes de perder las alas
vuelve con ellas al Cielo.

Pasa, pasa por la vida
sin que de ti quede en ella
más que la rápida huella
de una luz desvanecida;

no el rastro negro y fatal
del que a ser hombre llegó;
que sólo quien no vivió
dejó de hacer algún mal.

No te admire ni te asombre
que así te exprese el cariño;
la muerte, al llevarse a un niño,
libra a la tierra de un hombre;

y tú evitas un pesar
del que yo tomo mi parte;
pero prefiero llorarte
a que tengas que llorar.

LA ESPERANZA

DE cuanto bien el hombre logra y alcanza
ninguno es más hermoso que la esperanza.
Porque ella la embellece la vida es bella.
¡Ay de quien sólo un día vive sin ella!
El Sol en los sembrados es lozanía;
la esperanza en las almas es alegría.
La luz es la causante del espejismo;
decir Sol o Esperanza todo es lo mismo.
Dicha que se consigue pasa ligera;
sólo llena la vida la que se espera.
La esperanza es un prisma de luz hermosa
que hace á todo tras ella color de rosa;
la realidad, en cambio, cual negro velo,
mata del Sol la lumbre y entolda el cielo.
Yo que sé de la suerte las veleidades
doy por una esperanza cien realidades.

¿Por qué cuando del hombre la vida empieza
la juventud rechaza toda tristeza?

Porque aún de los placeres no se ha gozado,
todo lleva el perfume de lo esperado,
de lo que el Sol alumbra con sus reflejos,
de lo que son las cosas vistas de lejos;
porque cuando alborea la vida humana
el ayer aún no existe; todo es mañana.
Y mañana es lo hermoso, lo que fulgura;
mañana es la promesa de la ventura;
el porvenir sin nubes, claro y risueño;
la vida luminosa como un ensueño;
el amor que derrama todos sus dones;
¡un amor sin engaños y sin traiciones!
Es el hombre sin odios que al bien se aferra,
la Justicia imperando sobre la tierra...
Mañana es el destello de lo divino...
es el puerto a la vista para el marino;
mañana en las ausencias es el regreso;
en ambición o amores es triunfo o beso;
para el viejo, el pasado tiempo dichoso;
para la casta virgen, el tierno esposo;
para todos consuelo, gloria y delicia;
mañana es lo que atrae, lo que acaricia,
luz, sonrisa, embeleso, faro, bonanza...
es el bien de los bienes. ¡Es la Esperanza!

Si alguien es venturoso y os lo asegura
preguntadle la causa de su ventura,

veréis cómo su dicha nace y proviene
del placer que persigue, no del que tiene;
porque, cristal o dicha, quimera o roca,
los dos se empañan siempre si se les toca.
Sólo quien nada espera, quien nada ansía,
conoce los pesares y la agonía,
y es que el dolor más grande que sufra el hombre
ni de dolor siquiera merece el nombre
si tras el “¡ay!” que al viento su pecho lanza
se dibuja la sombra de una esperanza.
Cuando a algún desgraciado la suerte hiera
sin que impidáis que llore, decidle: “espera”;
veréis cómo al piadoso conjuro santo
para él brota el consuelo del mismo llanto,
cómo en la misma nube cuando revienta
pinta su franja el iris tras la tormenta.
¡Bendita la Esperanza, mucho más fuerte
que todos los dolores y aun que la muerte!
La Muerte, que es sin ella sombra y partida,
es con ella venero de luz y vida,
pues, libre de tinieblas, libre de horrores,
nos habla de venturas, triunfos y amores,
y es manantial perenne de eternas palmas
y es lazo indestructible que une las almas.

Esperanza divina, dón de los dones,
no me niegues tus brazos, no me abandones...

En pos de una ventura nunca obtenida
cogido de tu mano voy por la vida;
sé que no he de alcanzarla, mas la persigo
porque voy satisfecho yendo contigo.
Niégume la Fortuna cuanto ambiciono,
persíganme los hombres con ciego encono,
pierda cuanto he tenido, cuanto me agrada...
¡mientras que tú me quedes no pierdo nada!
De conllevar la vida no hay otro modo;
quien te tiene a su lado lo tiene todo.

Conquistador del Mundo tras ruda guerra,
el rey más poderoso que hubo en la tierra
cuanto a sus fuertes armas se sometía
entre sus capitanes lo repartía.
Alguien, no comprendiendo tanto altruismo,
—¿Pero no guardas nada para ti mismo?—
preguntóle asombrado; y el rey, triunfante,
—¡La esperanza!—le dijo—; tengo bastante.
Yo no apetezco nada, nada deseo;
repártanse entre todos cuanto poseo.
Gloria, honores, placeres, poder humano,
yo os doy a quien os quiera... ¡Sois humo vano!
Lo que Alejandro dijo también me alcanza:
para mí me contento con la Esperanza.

EL BESO DE JOSEFINA

A la niña Josefina Frías y Ayerza.

MUCHAS veces al calor
de una pasión tierna o loca,
llama de un fuego interior,
subió vibrante el amor
fundido en beso a mi boca.

Y de aquellos que yo di
cual pago justo y corriente,
otros besos recibí
cuya dulzura sentí
ya en mis labios, ya en mi frente.

Pero jamás—lo confieso—
ni la pasión que fascina
ni el inocente embeleso
me dieron más dulce beso
que el beso de Josefina.

¿Qué tuvo? Yo no lo sé:
un perfume singular,
un extraño *no sé qué*,
que ni entonces me expliqué
ni aún me he podido explicar.

Fué una inefable alegría
mezcla de inquietud y calma...
Me pareció que sentía
el suave roce de un alma
que se posaba en la mía.

De un alma cándida y pura,
sin odios y sin recelo,
sin pasiones ni amargura;
de un alma toda blancura
recién bajada del Cielo.

Del alma que se asomaba
a aquella boca hechicera
donde la miel rebosaba
y aún la vida no llegaba
ni a la cuarta primavera.

Alma con alas de rosa
de un ángel dulce y travieso,
que, por volar presurosa,
cayó en la red de aquel beso
como incauta mariposa.

Beso vehemente y sincero
de un amor encantador,
fugaz sin duda y ligero;
pero, al fin y al cabo, ¡amor!
y el más precioso, ¡el primero!

Era algo casto y ardiente
lo que se ocultaba hermoso
tras aquel beso inconsciente,
ya casi pecaminoso
de puro ser inocente.

Una dicha embriagadora
que anticipa un soberano
placer, del que aún no es la hora,
como anticipa la aurora
la luz de un Sol muy lejano;

primer latido suave
de un alma virgen divina,
de la que decir no cabe
si sabe lo que adivina
o adivina lo que sabe;

algo que es todo y no es nada;
luz tras penumbra borrosa,
sombra de luces bañada...
como un nacer de alborada,
como un despertar de rosa.

Una suprema poesía
sin palabrero ropaje;
ella su encanto sentía,
y a falta de otro lenguaje,
con el beso lo decía.

Del amor que mueve guerra,
¿cómo se expresa el anhelo,
ni en qué otro idioma se encierra,
si ya se olvidó el del Cielo
y aún se ignora el de la Tierra?

.....

Y aún fué más, con ser ya tanto,
de goces la dulce mina
que iba en el ósculo santo:
aún fué mayor el encanto
del beso de Josefina.

Al dármelo cuando entraba
en tierra extraña y hermosa,
fué para mí que llegaba
la bienvenida amorosa
que aquella tierra me daba.

Era un pueblo, una nación,
toda una raza ¡la mía!
la que en aquella efusión
“Ven, ven aquí”, me decía,
abriendo su corazón.

Era el beso de clemencia
que a un alma errabunda y sola
daba, endulzando la ausencia,
la vieja raza española
por labios de la inocencia.

Tras sus mejillas de flores
iban surgiendo severos,
a mis ojos soñadores,
marinos y aventureros,
héroes y conquistadores;

los que a aquel mundo lejano,
con arranque nunca visto,
a través del Oceano
llevaron la cruz de Cristo
y el pabellón castellano;

los que echaron las semillas
de una raza grande y dura,
en que un alma noble brilla
bajo la regia envoltura
del idioma de Castilla.

Del placer en el exceso,
pródigo en luz, rico en galas,
surgió ante mí todo eso
de aquel ángel tras las alas
y entre la red de aquel beso...

.....

.....

Josefina, que te meces
en sueños de oro y de rosa,
porque a la vida amaneces,
tú besarás, niña hermosa,
en la tierra muchas veces.

De tu amistad los raudales
tu boca dejará impresos,
y, juntando dos corales,
harás nido de tus besos
de los labios maternos.

Más tarde, la edad florida
a tu puerta llamará,
y, esposa al ruego vencida,
tu amor un beso dará
con el que dará la vida.

Pero nunca, aun siendo así,
ni a la madre ni al esposo
ni a nadie que llegue a ti,
darás beso tan hermoso
como el que me diste a mí.

En ése, tu ser entero
vertió su esencia divina;
fué el más dulce, el más sincero,
el imborrable, el primero...
¡el beso de Josefina!

¡FELICIDAD!

Tú, de seguro, la has encontrado;
no me lo niegues; dilo, rapaz;
pues a este valle se encaminaba
cuando sus pasos pensé alcanzar.
Ya iba muy cerca, ya distinguía
su airoso cuerpo, su blanca faz,
y huyó de nuevo rápidamente...
¿Cómo a mis ojos logró escapar?

—Pero ¿a quién buscas?

—A la doncella

de la que anante corro detrás;
la que en sus ojos lleva la aurora,
la que en su frente lleva el azahar,
la que en su talle lleva los juncos,
la que en sus labios lleva el coral.
—Hace muy poco que a una zagala
por el collado vi atravesar;
si es esa misma la que tú buscas,
bien fácilmente la encontrarás.

—Y ¿era muy bella la que me dices?

—Tanto, que dudo si era mortal:

una luz pura la rodeaba

como de un nimbo la claridad;

tras sí dejaba rastro de aromas,

vi tras sus pasos flores brotar...

—¡ Es ella ! ¡ es ella ! ¿ Dónde la has visto ?

—No corras tanto, que cerca está.

Busca en el soto...

—Me das la vida.

—¿ Cómo se llama ?

—¡ Felicidad !

—¡ Ay ! pues entonces...

—¿ Qué ?

—No la busques,
porque, de fijo, no la hallarás.

TROVA

Al desembarcar.

Tercera vez, viajero, surcando el mar profundo,
descubres, Nuevo Mundo,
tus costas ante mí;
tercera vez viniendo de tierra bien remota,
rendida del camino, deshecha el ala y rota,
la errante gaviota
su vuelo posa en ti.

Si atrás dejé borrascas por tierras y por mares,
recuerdos de amarguras y huellas de pesares,
nostalgias de otros climas y afectos de un hogar,
las costas a que arribo prométenme bonanzas,
pues truecan los ciclones en brisas de esperanzas
y abriéndome lo brazos recíbenme al llegar.

¿Verdad ¡ oh, noble tierra!, reflejo de la mía,
de aquella Andalucía,
la cuna en que nací,

que nunca has olvidado que soy tu viejo amigo,
que siempre me reservas la calma y el abrigo

que un día te pedí?

¿Que tienes en tu seno, repleto de ternuras,

amores y dulzuras

guardados para mí?

No soy cuando a ti llego perdido caminante,
compaña de unas horas y huésped de un instante,
sediento del reposo de un lecho bienhechor;
soy siempre el que te brinda su afecto con su mano,
el hijo peregrino del cielo sevillano,

que pide a un cielo hermano

su encanto y su calor;

soy siempre el que conoces, tu bardo castellano,
de ritmo cadencioso morisco y andaluz,
el bardo de las trovas de sueños y de flores,

de besos y de amores,

de trinos y gorjeos, de risas y de luz.

Pues otra como aquéllas te traigo destinada;
también es andaluza, también está cuajada
de gotas de rocío, de lágrimas de abril;
también le dió sus flores la espléndida Granada,
también le dió sus brisas Sevilla la gentil,

y luce de arabescos finísima portada,
y lleva dulces notas de guzla regalada,
y viene saturada
de arrullos y perfumes del Betis y el Genil.

Llevada por mi canto podrá tu fantasía
de imágenes lejanas las sombras evocar,
y hacer que ante tus ojos se ostente Andalucía,
pletórica de flores, radiante de alegría,
risueña como aurora que empieza a clarear...
Verás sobre una vega que envidia la esmeralda
alzar a la Giralda
su frente secular;
oirás por todas partes arrullos y canciones;
verás en las ventanas claveles *reventones*;
irás por dondequiera pisando sobre azahar,
y haciendo de oro en cañas copiosas libaciones,
mirando rostros bellos y ricos pañolones
que fleco y corazones
enredan al pasar...

Verás por las morunas callejas de Sevilla
lucir a las mujeres la clásica mantilla
que entolda caprichosa dos ojos en que brilla
la llama de un crisol;
dos ojos que se ocultan a veces tras su velo
jugando con su encaje, lo mismo que en el cielo
las nubes con el Sol.

y batas siempre limpias, crujientes de almidón;
ceceos cristalinos de ardientes labios rojos,
canciones en las bocas y besos en los ojos,
la sangre en fuertes olas moviendo el corazón;
que son en esa tierra, del Sol la más amada,
el hombre gracia y fuego, belleza la mujer,
el aire loca orgía de luz desenfrenada,
el cielo una sonrisa divina y azulada,
la tierra una vibrante y alegre carcajada
que estalla de placer.

Y unidos a estos cantos, guardados en mi lira,
los ritmos de otros muchos acaso han de brotar;
los ritmos que este suelo magnánimo que inspira;
el himno de esta tierra que pródiga respira
riqueza y bienestar.

Yo quiero que entremezclen sus tintas soberanas
de aquel y de este cielo los rayos y la luz;
que brillen en mis trovas, unidas como hermanas,
la Pampa y mi Sevilla, lo gaucho y lo andaluz;
que en ellas ambos pueblos confundan sus destinos;
que pida el suelto *poncho* su gracia al marsellés
la *estancia* que salpica los campos argentinos
al blanco y reluciente cortijo cordobés;
que allí donde termine la triste petenera
sus notas cadenciosas, su rítmica canción,
la dulce *vidalita*, su hermana y compañera,

comience con la suya, como ella plañidera,
como ella paz y olvido llevando al corazón.
Yo quiero a un tiempo mismo ser gaucho y sevillano,
pues de ambos semejantes los gustos siempre son;
y tienen, aunque entre ellos se tienda el Oceano,
el mismo generoso carácter varonil,
las mismas coplas, hijas de un alma apasionada,
la misma sed de amores, la misma tez tostada,
y aquel sombrero mismo con su ala levantada
que tiene del chambergo la gracia señorial.

Yo quiero como hasta ahora canté de Andalucía
el cielo y las mujeres, el garbo y la alegría,
la cálida poesía,
las luces y el color;
de hoy más cantar tan sólo lo dulce de estos lazos
¡oh tierra que, benigna, me acoges en tus brazos!
y darte con mis rimas tributo de mi amor.
Yo quiero que en mis versos—¡mis versos argentinos!—
asomen tus mujeres sus rostros peregrinos,
conjunto de cien razas, de todas lo mejor,
donde hay cabellos de oro y frentes de azucena,
la gracia de las hijas del Tíber y del Sena,
las brumas soñadoras del Támesis y el Rhin...
¡Contrastes asombrosos y mezclas singulares!...
Los hilos bullidores del turbio Manzanares
mezclados a las ondas del cisne de Lohengrín.

Yo quiero mi existencia ligar a tu existencia,
sentir en mí tu aliento, sondar tu corazón,
ahondar en tu alma noble, llegar hasta tu esencia,
y luego que tu vida refleje mi canción;
yo quiero que mis trovas, mi voz sonora y fuerte,
triunfando de la muerte,
a siglos venideros tus glorias vivas den;
yo quiero que en mis cantos tu historia esté completa;
yo quiero que algún día me llamen tu poeta...
Lo quiero, tierra hermosa... ¿Lo quieres tú también?

EN UN ABANICO

NUNCA a los tuyos iguales
vi del mundo por las rutas
ni manos más diminutas
ni ojazos más colosales.

Si alguien te causa sonrojos,
has de hacer esfuerzos vanos
por ocultar tus enojos,
pues no te alcanzan las manos
para taparte los ojos.

CONCURSO DE AMOR

DESPUÉS de limpiar la aljaba,
que tan a menudo usaba,
cierta tarde ocioso andaba
por el Olimpo el Amor;
mirábase en una fuente,
cuya linfa transparente
copiaba amorosamente
su contorno seductor.

Dudaba la fuente bella
si lo que temblaba en ella
era jazmín o era estrella,
era clavel o era faz;
y una inquieta mariposa
—mezcla alada de oro y rosa—
volaba en torno, envidiosa
de las alas del rapaz.

De pronto dijo el mancebo:
"Años pensándolo llevo,
y en verdad que no me atrevo
mis dudas a resolver:
¿Son los hombres, las mujeres,
los sedientos de placeres,
quien merece de los seres
el premio del bien querer?"

Para saberlo de fijo
mejor medio no colijo
que abrir un concurso"—dijo;
y, con efecto, lo abrió.
Y fué de ver, de contado,
el conjunto abigarrado
del gentío atropellado
que al certamen acudió.

Llegó la Amistad sincera
—matrona de faz severa—
reclamando la primera
la ansiada palma alcanzar;
detrás, la Pasión ardiente
juraba obstinadamente
ser ella la eterna fuente
de que brota el bien amar.

Un hermano, que seguía,
 contra todos defendía
 que el lauro sólo debía
 ceñir de su amor la sien;
 y una pálida doncella,
 virgen candorosa y bella,
 estar el espejo en ella
 de amar mucho y de amar bien.

Cerca, rival del armiño,
 también sostenía un niño
 que la flor, como el cariño,
 son de la temprana edad;
 y a su lado un viejo grave,
 que del amor puro y suave
 la dulzura no se sabe
 si no es en la ancianidad.

En mil dudas confundido
 se preguntaba Cupido:
 “¿Quién la palma ha merecido
 del premio que prometí?”,
 cuando, alzando la mirada,
 llorosa, triste, callada,
 vió a una mujer enlutada
 que pasaba por allí.

—¿Quién eres tú, la doliente?
—preguntó el dios inocente—.
La mujer, indiferente,
—¿Qué te importa?—respondió—.
Soy una madre que llora
y va a buscar lo que adora:
la tumba impía y traidora
que al hijo le arrebató.

—Mucho le amaste en la vida,
cuando así sangra tu herida.
—¡No!—la mujer, dolorida,
repuso con voz glacial—:
tuve el corazón de roca,
y ahora llorarlo me toca.
—Mujer, sin duda estás loca;
siendo madre, ¿amaste mal?

—Con mi hijo vivo pensaba
ser de su amor fiel esclava;
pero ¡ay, cuánto me engañaba!
¡cuánto era grande mi error!
Del todo no le he querido
sino cuando le he perdido;
hasta ahora yo no he sabido
lo que es el materno amor.

Ahora sí que en mí agonía
vivo con él noche y día;
ahora sí que el alma mía
logra del amor la prez;
ahora sí que nuestra suerte
se ligó con brazo fuerte...
—Luego ¿piensas que es la muerte
quien enseña a amar?—¡ Tal vez!

Quedóse el dios pensativo
y en verdad que con motivo.
Nuevo dolor hondo y vivo
la pobre madre sintió;
arrastrando sus dolores
corrió a una tumba a echar flores,
y el premio de los amores...
¡ la Muerte se lo llevó!

DADME UNA LIMOSNA

DADME una limosna
de felicidad!

.....

Un día, un instante,
no es mucho anhelar,
y luego ¿qué importa
lo que haya detrás?
Yo quiero un momento
volver a gozar;
creer que en el mundo
no es todo ruindad;
que el amor no miente,
que el hombre es leal,
y alienta en las almas
la noble amistad,
y el odio no afila
su corvo puñal,

y cantan los nidos,
y el Sol fuego da,
y Mayo sonríe
cuajado de azahar,
y es todo en la vida
risueño y feraz;
el Cielo sin nubes,
sin trombas el Mar,
las noches con sueño
y el alma con paz.

.....

¡Dadme una limosna
de felicidad!

.....

Yo quiero un momento
—una hora no más—,
ver un huertecillo
junto a un robledal,
que cruce un regato,
que oculte un palmar,
con una casita
de blanco portal;
al lado la fuente,
la higuera detrás,
y en torno la sombra
del verde pomar.

Y de esa casita
guardando el umbral
ver a una zagala
sus rizos peinar;
muy cerca una cuna
de tosco nogal,
y en ella dormido
su blanco rapaz.
Y fuera, del huerto
regando el bancal,
a un hombre que toca
la flor de su edad,
de rostro moreno,
de franco mirar.
Yo quiero un instante
la calma ideal
del grato retiro
feliz disfrutar;
robar en el huerto
su fruto al fresal,
sentarme a esa mesa,
templarme a ese hogar,
dormir en su lecho,
de ramas quizá,
mas donde el insomnio
no cupo jamás.
Y al día siguiente,

la aurora al llamar
con luces y perlas
al frágil cristal,
del niño las risas
de nuevo escuchar,
que apaga entre besos
la voz maternal;
en tanto que el padre,
del huerto guardián,
se vuelve al penoso
trabajo tenaz
que arranca a la tierra
las flores y el pan.
Yo quiero esa vida
monótona, igual,
vivir unas horas
y en ellas pensar
que huyeron del mundo
los odios y el mal;
que en él sólo quedan
la firme lealtad,
y el noble trabajo,
y el dulce solaz...

.....

¡ Dadme una limosna
de felicidad!

.....

Un día siquiera
 dejadme soñar
 que el tiempo detiene
 su marcha fatal,
 y vuelven las horas
 su curso hacia atrás;
 que aún llena la alegre
 gentil mocedad
 mis venas de fuego,
 de sangre mi faz.
 Dejadme que sueñe
 —¿por qué despertar?—,
 que aún llevo en mi pecho
 mi fe virginal;
 que torna mi vida
 de nuevo a empezar,
 que nunca he sufrido
 ni lloré jamás,
 que vuelve a la puerta
 del alma a llamar
 del amor primero
 la ilusión fugaz.
 ¡Oh, edad venturosa,
 qué lejos estás!
 Yo diera la vida
 —no es mucho, en verdad—

por no haber amado
y empezar a amar.
Del primer "te adoro"
la voz celestial
es de las venturas
la que vale más.
Pasan sus delicias,
se olvida su afán,
mas de él nacen otros
que vienen detrás.
Se cambia el objeto,
mas no la ansiedad...
Y es que ese "te adoro"
desgarra el cendal
que oculta la vida
que él viene a mostrar,
y surge a los ojos
su plena beldad,
vertiendo de goces
divino raudal,
toda sueños dulces,
toda suavidad...
¡ Lo que es la existencia
que empieza a alborear!...
De nuevo ese encanto
que goce dejad;

que en sueños siquiera
lo vuelva a gustar...

.....

¡ Dadme una limosna
de felicidad!

.....

Horas de ventura,
tan remotas ya,
fe que me alentabas
en la pubertad,
sueños que en la mente
sentí aletear,
sonrisas, amores,
anhelos, piedad,
¿ adónde sois idos?
¡ Volvedme a besar!
Vuestro dulce beso
tal vez me traerá
del tiempo pasado
la dicha cabal,
y acaso un momento
podré imaginar
que el mundo es hermoso
y el hombre leal,
que cantan los nidos,

y el Sol fuego da,
y Mayo sonríe
cuajado de azahar,
y es todo en la vida
risueño y feraz;
acaso de nuevo
podré acariciar
aquellos placeres
que no volverán,
y que por lo mismo
ciego busco más;
por ser lo imposible
del alma el imán...

.....

Benditas quimeras,
besadme al pasar,
¡dadme una limosna
de felicidad!

LA MUJER CHILENA

MEDIO mundo recorrí
y...—te lo juro, lector;
mas que no salga de ti—
de cuantas mujeres vi
la chilena es la mejor.

No se te vaya a escapar
una palabra indiscreta,
considera, antes de hablar,
que me puedes malquistar
con la mitad del Planeta;

pero lo debes saber:
la experiencia en que me fundo
te invita en ella a creer;
la de Chile es la mujer
más bella que hay en el mundo.

No pido que nadie alabe
la confianza que te hago,
pues mi secreto, aunque grave,
es un secreto que sabe
todo el que estuvo en Santiago.

Lo descubres al llegar:
apenas entras allí
y echas por la calle a andar,
ya empiezan a desfilas
hermosuras ante ti.

Piensas que tus ojos ven
una fantástica escena,
no es una hurí del Edén,
sino una larga cadena...
una y otra y otra... ¡y cien!

Esta por su tez de rosa,
aquella por su mirada,
la que sigue por graciosa,
la de acá por reposada,
la de allá por vaporosa;

cuanto pasa por delante
todo es gracia y gracia viva,
de la morena arrogante
a la trigueña expresiva
o a la rubia deslumbrante;

y en todas, dejando ciego
por sus vivezas extrañas
turbadoras del sosiego,
los mismos ojos de fuego
que velan regias pestañas.

Te lo digo a boca llena,
aun cuando te cause enojos
o duda o envidia o pena:
quien no ha visto a una chilena
no sabe lo que son ojos.

Ojos de vivos destellos,
ojos puros, bellos, grandes...
quizá tan grandes y bellos
porque se refleja en ellos
la grandeza de los Andes;

ojos en donde lo obscuro
se convierte en claridad,
y en los que no conjeturo
cómo un negro que es tan duro
tiene tanta suavidad;

ojos que en un espejismo
detrás de su claro velo
deja ver a un tiempo mismo
profundidades de abismo
y transparencias de cielo;

ojos de que se diría,
aun por los que más destierran
la hipérbole y la poesía,
según se abren o se cierran,
que nace o que muere el día;

ojos, en fin, tan serenos,
tan vivos, tan soberanos,
de luz y gracia tan llenos,
que si no fueran chilenos
debieran ser sevillanos.

.....

Siempre es noble y bella y pura
la chilena, en quien se hermana
con el garbo la hermosura,
pero aún más por la mañana,
cuando el manto es su envoltura.

Son sus pliegues, red de amores,
el sello al par y el encanto
de sus rostros seductores;
mujer chilena sin manto
es como jardín sin flores.

Vieja herencia, guardadora
de la España señorial,
el manto que la avalora
tiene de toca monjil
y de turbante de mora.

La chilena, cuya frente
con su velo se engalana,
pasar pudiera igualmente
en Roma por penitente
y en Damasco por sultana.

Ya con su giro ondulante
la ligera gasa oscura
pone al divino semblante
como un nimbo deslumbrante
a pesar de su negrura;

ya de la cara hechicera
cubre el óvalo encantado,
dejando los ojos fuera,
como un espeso nublado
que el Sol de pronto rompiera;

pero siempre al ajustar
al lindo y mórbido talle,
y entre rizos al flotar,
va prendiendo por la calle
ojos y almas a la par.

.....

Da el manto a aquella mujer
noble sello de poesía;
son las mujeres de ayer:
sus nombres debieran ser
Jimena, Sancha, Mencía...

Más que en un rico salón,
centro de moda liviana,
las ve la imaginación
en la gótica ventana
de un vetusto torreón.

Son Giomares y Leonores,
las que en bellos camarines
lloraban cuitas de amores,
señoras de paladines
y musas de trovadores;

las que las bandas bordaban
que sus amantes ceñían
cuando a la guerra marchaban;
bandas que a morir llevaban
y besándolas morían;

las que en gallardos bridones
salían de sus castillos
a cetrerías de halcones,
seguidas de pajecillos
y dueñas de rodrigones.

Por eso quien, conmovido,
llega a postrarse a sus pies,
siente no llevar prendido
de un buen hierro milanés
el gavilán retorcido;

no ceñir, como quisiera,
birrete de tafetán
con larga pluma ligera;
no usar calzas y gorguera
y no llamarse don Juan.

Porque ante aquellos portentos
de admirables hermosuras,
siéntense impulsos violentos
de reñir, de hacer locuras,
y hasta de escalar conventos.

Invade al alma el horror
de un siglo vano y cruel,
sin nobleza ni valor,
que se burla del amor,
si no especula con él;

y piensa en la edad dichosa
 en que el guerrero más bravo,
 como palma victoriosa,
 soñaba con ser esclavo
 de los ojos de una hermosa.

Imagina que obtener
 los favores de su bella
 premio de lucha ha de ser,
 y quiere morir por ella
 si no consigue vencer.

Y de estas gratas ficciones
 llevada por las dulzuras
 que inundan los corazones,
 vive el alma entre ilusiones,
 que es vivir entre venturas...

No supe lo que decía,
 chilena de encantos llena;
 tú no te llamas Mencía,
 Sancha, Giomar... ni aun chilena:
 tú te llamas... ¡Poesía!

LA VIEJA ESPAÑA

DÓNDE está la España
de los caballeros,
los conquistadores,
los aventureros;
los del brazo fuerte
cuando combatían,
los que aquí triunfaban,
los que allá morían;
los de Argel y Túnez,
los de Italia y Flandes,
los que atravesaron
los desiertos Andes;
los que de su acero
con los golpes duros
echaban semillas
de pueblos futuros?...
¿Dónde está la España
de los santos nombres,

de los nobles hechos,
de los grandes nombres;
las castizas plumas,
las musas brillantes,
la España de Tirso,
Quevedo y Cervantes,
a la que Cisneros
daba gloria y brillo,
para quien pintaba
Vírgenes Murillo,
para quien la Iglesia
levantaba altares
y Colón robaba
mundos a los mares?
¿Dónde está aquel Pueblo,
de la Tierra espanto,
muriendo en Numancia,
venciendo en Lepanto;
el de los escudos
de gloriosos motes,
el que producía
Cides y Quijotes,
el de los hidalgos
y las hidalguías,
y los rendimientos
y cortesanías?
¿Dónde aquella España

grande en sus locuras
de los misticismos
y las glorias puras;
la de tantas razas
civilizadora,
la madre bendita,
la reina y señora,
la que en todas partes
hondo rastro deja,
la noble, la pura,
la santa, la vieja?

¡ Cuán lejos sus días
de gloria fulgente,
por cuánta miseria
trocada al presente!
¿ Qué fué de sus hombres?
¿ Qué fué de su vida?
¡ Contraste tremendo!
¡ Tremenda caída!

Herido en el alma
por duros pesares,
dejando sus costas
lancéme a los mares.
¿ Quién hay que no quiera
perder la memoria

si ve que la madre
profana su historia?
Y yo ambicionaba,
viviendo alejado,
sin ver su presente,
mirar su pasado;
pensar que aún su gloria
me daba reflejos,
llorar sus dolores
¡y amarla de lejos!

La espina punzante
llevando clavada,
llegué a un Mundo nuevo
tras dura jornada,
y allí parecióme,
con honda alegría,
que España a mis ojos
feliz resurgía;
allí de su raza,
que siempre descuella,
marcábase en todo
profunda la huella...
Las urbes gigantes
pobladas y vivas,
en verdes llanuras
irguiéndose altivas;

brindando sus frutos
 los bosques sombríos;
 las naves surcando
 canales y ríos;
 por valle y colina,
 por trocha y atajo,
 la huella fecunda
 del noble trabajo;
 la tierra que entrega,
 cual madre piadosa,
 la mies y el racimo
 y el tronco y la rosa...

Doquier, sobre todo,
 grabando su nombre,
 mis ojos hallaban
 el rastro del hombre,
 del hombre ya libre
 de todo tirano,
 del rey de sí mismo,
 del buen ciudadano,
 que amando lo justo
 y exento de enconos,
 ni aspira a conquistas
 ni sueña con tronos,
 sino que, buscando
 más noble ventaja,

produce y cultiva,
y estudia y trabaja,
y al par que en sí mismo
la palma recibe,
procura grandezas
al pueblo en que vive.

Ante esas naciones
hidalgas y buenas
—¡por algo va sangre
de España en sus venas!—
de hermosas virtudes,
de suelo fecundo
—muy pronto, sin duda,
las reinas del mundo—,
yo vi de mi raza
la fuerza abatida,
soberbia y potente
volver a la vida.
Del Sol los fulgores,
que aquí declinaban,
detrás de los mares
de nuevo asomaban,
y en esa grandeza
que lauros conquista,
de España el pasado
surgió ante mi vista,

de aquella gran madre
que triunfos refleja:
de España la pura,
la santa, la vieja.

LO QUE DICE EL AGUA...

QUÉ dice el agua cuando murmura?
¿Por qué sin ella no hay hermosura,
sin su voz pura,
rítmica, igual?...
¿Por qué parece muerto el paisaje
si no se miran campo y bosque,
flor y celaje,
tras su cristal?

Cuanto a la tierra nace sujeto,
todo está mudo, todo está quieto,
cumbres y seto,
selva y pensil;
tan sólo el agua bulle y suspira,
sólo ella corre, sólo ella gira,
canta y respira,
viva y gentil.

Ella es del campo la vida entera,
la voz de todo, monte y pradera,
cuando ligera
pasa veloz;
si ella no corre limpia y rizada,
todo enmudece, valle y cañada;
no tiene nada
vida ni voz.

Mas si ella surge brillante y bella,
todo se anima bajo su huella,
todo con ella
se hace locuaz;
mientras su linfa, del campo gala,
que flores riega, que aroma exhala,
corre y resbala
fresca y vivaz.

La fuentecilla pura y riente
dice brotando plácidamente:
"Yo soy la fuente,
venid a mí;
soy el reposo de la jornada,
soy la frescura tan codiciada;
¡sed abrasada,
sáciate en mí!"

Dice el Arroyo, de jugo escaso:
 “Yo soy humilde; riego, no arraso,
 pero es mi paso
 fecundador:
 soy lo que a todo su espuma ofrece,
 lo que da lirios y juncos mece,
 lo que florece...
 ¡ Soy el Amor !”

Y dice el Lago terso y dormido:
 “Soy lo sereno, lo recogido,
 soy el olvido
 de lo falaz;
 lo que del goce brinda la palma;
 soy el misterio tan grato al alma,
 la eterna calma,
 la eterna paz.”

“Soy lo terrible, soy lo imponente
 —con voz airada grita el Torrente—;
 va en mí rugiente
 la destrucción;
 lo que a su paso no deja nada,
 lo que aniquila, lo que anonada;
 soy la cascada,
 soy la ambición.”

“No eres tan fiero, no eres tan fuerte
—la pobre Alberca mansa le advierte—;
no das la muerte,
das vida y ser;
tu fuerza es grande, tu enojo ciego,
mas yo tus aguas recojo luego,
y hace mi riego
flores nacer.”

“Tu pobre riego ¿qué es junto al mío?
—desde su cauce responde el Río—;
mi poderío
nadie igualó;
lago y arroyo, todos iguales,
me hacen la ofrenda de sus cristales;
de esos raudales
me formo yo.”

Y mientras todo corre y se afana,
cauce que riega, fuente que mana,
dice lejana
la voz del Mar:
“Cuanto se agita de fuerza lleno,
río profundo, lago sereno,
todo a mi seno
viene a parar.”

Así es el agua y así es la vida:
 nace la fuente de muerte herida,
 y en su crecida
 funda su bien;
 también el hombre corre igual suerte;
 también viviendo se juzga fuerte,
 y hacia la muerte
 rueda también.

Agua que corres entre breñales
 y hombre que sueñas con ideales,
 vuestros caudales
 podéis juntar:
 espera a todos, aunque os asombre,
 la misma suerte con otro nombre:
 la fosa al Hombre
 y al agua el Mar.

IDILIO

Tú no sabes la alegría
y el placer con que te escucho;
dímelo más, vida mía,
dime que me quieres mucho...
Bajito... así... sin reparo;
sin que nadie te lo mande...
Tú ya hablas claro, muy claro...
¡Ya eres grande!
¡Tres años! Casi una vieja;
la seriedad lo refleja
de tus gracias infantiles;
claramente se repara
que han pasado por tu cara
tres abriles.
Con que sigue con tu cuento:;
tú haces goce del tormento
que me agobia.
¿Qué era lo que me decías?

¡Ah, sí; ya sé...! Que querías
ser mi novia.

Conforme. Pues lo seremos:
a ser novios jugaremos
sin que te manches las alas;
pero a nadie se lo digas,
¡a nadie!... que son muy malas
las amigas.

En amor el más discreto
es siempre el más reservado...
¡Y es tan hermoso un secreto
bien guardado!

¿Comenzamos desde ahora?
Yo estoy dispuesto a empezar.
No hay nada como jugar,
y jugar a que se adora.
En el Edén, si es Edén,
no debe hacerse más que eso.
Para que empecemos bien,
dame un beso.
Un beso largo, muy largo,
que dure mucho y parezca
que es muy breve sin embargo;
un beso en el que me ofrezca,
como el premio que me toca,

tu amor del triunfo la palma,
y en el que beba mi boca
toda tu alma.

No uno, mil, y mil bien dados,
piden de mí tentadoras
tus mejillas:
los buenos enamorados
se besan a todas horas
a hurtadillas.

Bien te darán a entender
que no me debes querer;
tendrás por mí muchas riñas,
pues te dirán mil consejos
que está mal que amen las niñas
a los viejos.

No los oigas; no los creas;
eso lo dice la gente
que tiene rancias ideas:
los viejos precisamente
son los que saben querer,
porque llevan muchos años
de aprender.

Los mozos que aún no tuvieron
dolores ni desengaños,
no aprendieron.

A amar enseña la vida
poco a poco,
que es ciencia mal conocida.
El joven alegre y loco
que sólo a gozar se entrega,
no es del amor buen espejo;
llega a amar bien; pero llega...
cuando es viejo.

No lo dudes, vida mía:
aun cuando la menoscaben,
la vejez tiene poesía;
los viejos son los que saben
esas historias soñadas
que encienden tu fantasía,
en que benignas las hadas
protectoras,
de princesas bien amadas,
sus citas encantadoras
libran, siempre vigilantes,
de traidores,
y les regalan brillantes
y parques con ruiseñores,
y son madrinas de amantes
y de amores.
¿Quieres que te cuente alguna?

¿La del rico caballero
 que a los rayos de la luna,
 vestido de blanco acero,
 iba en busca de su amada,
 que lanzando dulce queja,
 le esperaba enamorada
 tras la reja
 de su gran torre almenada?
 ¿La del cautivo cristiano
 castellano,
 de quien se prendó una mora
 seductora,
 que rompió su cárcel dura
 y se fué con su galán
 una noche muy oscura,
 sobre un caballo alazán?
 ¿La de aquel que sostenía
 que más bella que su bella
 otra en el mundo no había,
 y por ella
 sostuvo al sol y a la lluvia
 de cien lides los rigores?
 ¿La de aquella niña rubia,
 sin padres ni protectores,
 que puso una noche fría
 su zapato en la ventana,
 y cuando al siguiente día

fué a verlo por la mañana,
encontró en él a millares
las joyas, la pedrería,
los collares?
Di qué quieres que te cuente:
yo, obediente,
por que dure tu embeleso,
cumpliré tan dulce encargo;
pero, antes, dame otro beso...
largo... largo...

Y si de penas y glorias
te cansa la relación,
pondremos nuestras historias
en acción.
Tú serás la princesita
y yo seré el caballero
que acude alegre a la cita
sobre su potro ligero.
Tu cara de nieve y oro
cual tesoro
que el hierro escapar no deja,
me mostrará sus hechizos
tras la reja
donde flotarán tus rizos;
yo pasaré por delante

por ver a mi dulce amiga;
y si hay algún mal gigante
que enconado te persiga,
reñiré combates fieros
por librarte de sus mallas;
y, cual las de otros guerreros,
mis batallas
ganarán reinos enteros.

Tú pondrás en el balcón
tu zapatito bordado
con candorosa ilusión;
y yo, mi dueño adorado,
de las hadas como el dón,
pondré flores,
pondré del placer la esencia,
pondré fe, sueños, amores...
¡cuanto alegra la existencia!
A amarnos, pues, gloria mía,
con amor todo embelesos,
todo luz, todo poesía,
todo besos...

Lo que se llama *chochez*
no es otra cosa en su esencia
que la vuelta a la niñez;
la inocencia

que torna al alma otra vez;
las pasiones que se van,
y ante la muerte que llega
de amor y goce el afán
al que el corazón se entrega;
son los últimos reflejos
que dan a la vida encanto,
¡por eso niños y viejos
se aman tanto!

Acude, alegre, a mi cita,
ángel de paz mensajero...
Tú, mi rubia princesita;
yo, tu viejo caballero.
Amame siempre, mi bien,
y mientras feliz nos dura
la delicia de este Edén,
como prenda de ventura,
para que me galardone
la paz, nunca conseguida,
para que olvide y perdone
todo el dolor de una vida,
calmen tus labios de rosa
de mi pasión el exceso,
mi dulce princesa hermosa...
¡otro beso!...

Largo, muy largo... es mi palma,
 es mi triunfo, es mi alegría.
 ¡Un beso que funda tu alma
 con la mía!

LOS ANDES

Es lo estéril, lo seco, lo sombrío,
pero también lo grande, lo imponente...
Ni un árbol que dé frutos en estío,
ni un rebaño paciende en la vertiente;
¡nada! La roca ininmovible y yerta
que en tajo enorme hacia el barranco baja...
y hasta ella misma allí parece muerta
porque tiene a la nieve por mortaja.

¡Qué belleza tan bronca, tan salvaje!
¡Y qué pobre a la vez! Nieves y roca;
no hay más en el paisaje.
El picacho que al Cielo se levanta
con blanquísima toca
de hielo secular que lo abrillanta,
tiene otro al lado, y otro, y veinte, y ciento,
toda la interminable cordillera

que recorta el azul del firmamento,
muda, infinita, inaccesible, fiera.
Piedras de formas mil y mil colores,
en las que el padre Sol su luz derrama,
sin viviendas, sin pájaros, sin flores...
no hay más en el inmenso panorama.
¡Soledad, aridez, peñas, altura...!
Es lo gigante, que los ojos hiere,
que rechaza el follaje y la verdura:
¡es la augusta grandeza que no quiere
profanar con adornos su hermosura!

¿Qué horrible convulsión, qué cataclismo
dió forma a aquellas moles arrogantes,
alzó las cimas y cavó el abismo?
Tal vez, cuando aún el hombre no existía,
habitaran fortísimos gigantes
en el lugar que es hoy sierra bravía;
acaso contra Dios se rebelara
aquel pueblo, y la cólera suprema
allí lo sepultara,
al castigo juntando el anatema;
y al verse tales monstruos encerrados
del duro suelo por la costra fuerte,
luchando amontonados
en las terribles ansias de la muerte,

la fuerza de sus músculos de hierro
conmovió de la tierra las entrañas,
y aquel trabajo por romper su encierro
produjo la hinchazón de las montañas.

Eso sin duda fué. Valles y montes,
ventisqueros, barrancos y volcanes,
cuanto cierra los anchos horizontes,
todo parece allí campo de guerra,
restos de una batalla de titanes,
de una lucha del Cielo con la Tierra.
Aquí el peñón, cuya grandeza espanta,
arriba, por las nubes circundado,
baja al abismo a sepultar su planta;
junto al peñón aislado
las crestas y los picos se amontonan,
cual las olas de un mar petrificado
que de blancas espumas se coronan;
también ansioso de escalar el cielo,
al barranco, de montes rodeado,
con monte de cristal rellena el hielo;
y aquí y allá vertientes
donde retumba el eco cavernoso
de aludes, cataratas y torrentes,
contraste del silencio y el reposo
con que las altas cimas eminentes,

sobre las nubes cuyo cerco vago
dora del Sol la lumbre,
sirven las aguas de dormido lago
de espejo azul a la argentada cumbre.

Era la enhiesta cordillera brava
muralla inabordable
que a un mundo de otro mundo separaba.
Detrás de aquellos montes, ¿qué existía?
La colosal trinchera formidable
nadie a saltar osado se atrevía,
aunque sobre el picacho blanquecino,
con noble vuelo, como alado guía,
enseñando a los hombres el camino,
el condor en el aire se cernía.
Sólo, durante siglos, la mirada
de sus pupilas, sin cesar cubiertas,
sondó la soledad inexplorada
de las cimas desiertas,
que ni oyeron jamás otro ruido
que el que su vuelo mueve
al lanzarse atrevido
a buscar la región de las estrellas,
ni sintieron más huellas en su nieve
que de sus garras las punzantes huellas.
Acaso el hombre en su interior pensaba

que para atravesar aquella altura
 tener alas también necesitaba.
 Parecióle el proyecto temerario,
 porque sintió pavora
 de lanzarse al paraje solitario,
 e inútiles juzgando los intentos,
 abandonó al condor de aquellos climas,
 ya en posesión del reino de los vientos,
 el reino de las nieves y las cimas.

Pero no duró mucho su reinado.
 Pronto, causando asombro a las edades,
 le vino a disputar un hombre osado
 el cetro de las vastas soledades.
 ¿Quién era? Un extranjero,
 al mismo tiempo nauta que soldado,
 mártir, conquistador y aventurero;
 un hombre fuerte que, sin miedo a nada,
 moviendo a todo vencedora guerra,
 en memorable, homérica jornada
 rompió el misterio y escaló la sierra.
 La mano de aquel hombre,
 de la cumbre más alta en la blancura,
 dejó grabado un nombre,
 nombre que eterno en el cristal perdura,
 que el astro-rey desde que nace baña;

un nombre grande ayer, hoy sin ventura...
¡El santo nombre de la Madre España!

Y allí cayó la colosal trinchera,
y no fué más la red de la montaña
de dos mundos distintos la barrera.
El pie de aquel valiente
abrió la senda al pedregal unida;
por esa senda en fraternal corriente
de muchos pueblos circuló la vida;
y sin que ya sus rocas lo evitaran,
la montaña vencida
dejó que los hermanos se abrazaran.
Pero era poco el fraternal abrazo
cambiado en la vereda pedregosa,
de la feliz unión único lazo:
la inteligencia humana, poderosa,
necesitaba más; no es su destino
desistir de los triunfos con que sueña,
porque las peñas cierran su camino...
¿qué es, frente a su poder, el de la peña?
El paso de la acémila cargada
por la senda pendiente,
¿iba a ser fin de la triunfal jornada?
El hondo tajo, el arenal vacío,
la blanca cumbre, el bramador torrente,

tenían que ceder ante su brío;
 el arco airoso del gallardo puente
 saltar el cauce del hinchado río
 por gargantas sombrías,
 burlar con los obstáculos la muerte,
 abrir el monte sus entrañas frías
 ante su paso vencedor y fuerte,
 y sin dejar por eso de ser grandes
 ni mancillar su fuerza ni su nombre,
 rendirse las grandezas de los Andes
 a la grandeza superior del Hombre.

.....

Y vió pronto el mortal, de orgullo ciego,
 por los hondos repliegues de la sierra,
 al negro monstruo, vomitando fuego,
 hundirse en las entrañas de la tierra;
 y al salir, entre llamas y rugidos,
 que son de su poder la ejecutoria,
 lanzar con sus silbidos
 como un grito estridente de victoria.

LA HOJA SECA

*Las ilusiones perdidas
son hojas ¡ay! desprendidas
del árbol del corazón.*

CAYÓ a mis pies, mustia, rota,
polvorienta, sin color,
y tras ella, de mis ojos
una lágrima cayó
que irisó, mientras caía,
un tibio rayo de sol...
de un pálido sol de otoño
de amarillento fulgor.

.....

¡Pobre hoja seca! ¿Qué influjo
tienes en mi corazón,
que siempre a través del llanto,
presa del viento, te vió?
¡Ay! Tú compendias la vida:
primero, fuerza y verdor;

después, inútil despojo
que arrastra el viento veloz.
Quizá, mientras fuiste verde,
sobre tu tallo cantó,
allá, en las tardes de estío,
sus cuitas el ruiñeñor;
quizá tu plácida sombra
fresco refugio prestó
al caminante, abrasado
de julio por el ardor;
quizá fuiste confidente
de la amorosa pasión
que bajo tu árbol frondoso
discreto asilo buscó,
y escuchaste al mismo tiempo
con el mismo alegre són
arriba, cantos de nidos,
y abajo, besos de amor;
quizá dió tu verde rama
las flores con profusión,
que en dulces frutos maduros
luego el verano trocó...
¿Qué ha sido de tantas cosas?
¿Qué resta de tu esplendor,
pobre hoja seca perdida
que arrebató el aquilón?

.....

Pronto, muy pronto, la rama
que de ti se despojó,
se vestirá de otras hojas
en rápida floración,
y darán las hojas nuevas
refugio contra el calor,
a los amantes asilo
y a los pájaros mansión;
pero a ti, pobre hoja seca,
¿quién podrá darte verdor
ni devolverte a la rama
de la que fuiste festón?
Cuando en el abril futuro
cante en ella el ruiseñor,
pensará que son sus hojas
las mismas que siempre vió,
mientras tú sola, perdida,
vagando sin dirección,
recordarás las dulzuras
de tu abril que ya pasó.

.....

Como las hojas, la vida
tiene también su estación
en que una savia fecunda
le presta aliento y vigor;
y también como a las hojas,

la seca el cierzo feroz,
y se desprende del árbol
que su pompa sustentó.
¿Qué es, al fin, sino hoja seca
la vida sin ilusión
que arrastra por tierras mustias
el cierzo helado y traidor?
Cierto que de la existencia
la eterna renovación
mantiene siempre en el mundo
juventud, goces, amor;
que a una hoja seca, caída
del árbol de un corazón,
reemplazan cien hojas nuevas
que vienen de abril en pos;
pero a quien ya de la vida
no siente sino el dolor,
a quien con la edad lozana
risas y amores perdió,
¿qué le importan las venturas
del venturoso amador,
si para él esas delicias
recuerdos punzantes son?
¿Qué le importa a la hoja seca
que en la que le sucedió
den al aire nuevos trinos
las aves con dulce voz,

si ella es tan sólo un juguete
del viento que la arrancó,
que ni volverá a su rama
ni recobrará el verdor?

.....

¡Hojas secas, hojas secas...!
¡Dichas, placer, ilusión...!
Id, id entre el torbellino,
puesto que lo manda Dios.

BEBÉ Y LA NIEVE

BEBÉ, me vas a explicar
la razón de esa manía
que no acierto a descifrar,
porque a nadie el ver nevar
le causa tanta alegría.

¿Qué es lo que en ello te choca?
¿Qué te arrastra? ¿Qué te atrae?
¿Qué anhelos en ti provoca,
que casi te vuelves loca
al ver la nieve que cae?

Es verdad que a la mirada
hay pocos cuadros tan bellos
como, al romper la nevada,
verla, del viento azotada,
soltar sus blancos cabellos;

verdad que en todo paraje
los ojos siempre se van
tras esos copos de encaje
que fingen ser un plumaje
que dispersa el huracán;

que encanta en monte y llanura
ver, cuando a nevar empieza,
que todo se transfigura,
que todo se hace pureza,
que todo se hace blancura;

que es, en fin, algo ideal,
si al de la nieve caída
junta el hielo su cristal,
ver a la tierra dormida
bajo el divino cendal.

Pero ese agradable encanto
que muchas veces sentí,
aunque es puro y dulce y santo,
no da a nadie gozo tanto
como el que te causa a ti.

Díselo a tu amigo viejo:
¿por qué te roba la calma
ver de la nieve el reflejo?
¿Sospechas que es un espejo
que te reproduce el alma?

¿Es que al ver la tierra entera
de lo blanco por el prisma,
sientes duda lisonjera
de si miras hacia fuera
o te miras a ti misma?

Y razón para ello encuentro:
si tu alma busca su centro
de la nieve en la limpieza,
mires afuera o adentro,
¿qué has de ver sino pureza?

¿O es tal vez—lo conjeturo
y quiero decirlo franco—
que de la nieve al conjuro
al ver al mundo tan blanco
piensas que en él todo es puro?

Si es eso lo que te inspira
de la nieve el blanco velo,
mira hacia ella, mira, mira...
¡vive siempre en el consuelo
de esa adorable mentira!

Pero no, no debe ser
esa la causa en rigor
de tu afán y tu placer;
todo ello debe tener
un fundamento mayor.

Tal vez piensas, excitada
por un espejismo breve,
que con su tela irisada
te va tejiendo la nieve
tu traje de desposada;

el traje, orlado de azahar,
con que tu dicha futura
irás al templo a sellar,
rivalizando en blancura
la Virgen, tú y el altar.

Eso más bien en ti encaja:
que, aunque digan otra cosa,
la nieve que en copos cuaja
es rico traje de esposa
más que sudario o mortaja.

La tierra con él vestida
así celebra su enlace
con el agua bendecida...
el hielo que se deshace
derrama en ella la vida.

Su cristal que reverbera
si en invierno es muerte y frío,
será luego en primavera
blanco lirio en la pradera,
rubia espiga en el plantío.

Eso explica los amores
a que la nieve te mueve
con sus vivos resplandores;
que tú sabes que la nieve
lleva en sí germen de flores;

que detrás de su blancura
tú ves tu propia inocencia,
y que hasta se te figura
que ella enlaza a tu existencia
el amor y la ventura.

Ahora entiendo tu ilusión
al ver sus copos que caen...
Es la ley de la atracción,
porque ellos y tu alma son
dos purezas que se atraen.

LA VIDA

POR qué, si no me das más que agonía,
con tan profundo afán a ti me ligo?
¿Por qué temo perderte y te persigo,
si sé que eres cruel, pérfida, impía?

¿Por qué, si conocí tu alevosía,
no sólo no te execro y te maldigo,
sino que pienso—en mi baldón lo digo—
que te amo, sí... ¡que te amo todavía!?

¿Quién pone amor en la maldad que toca?
¿Quién siembra la semilla sobre roca?
¿Quién da nombre de madre a la madrastra?

¡Ay! De la vida en la fatal condena,
no es lo más triste el arrastrar cadena,
sino amar la cadena que se arrastra.

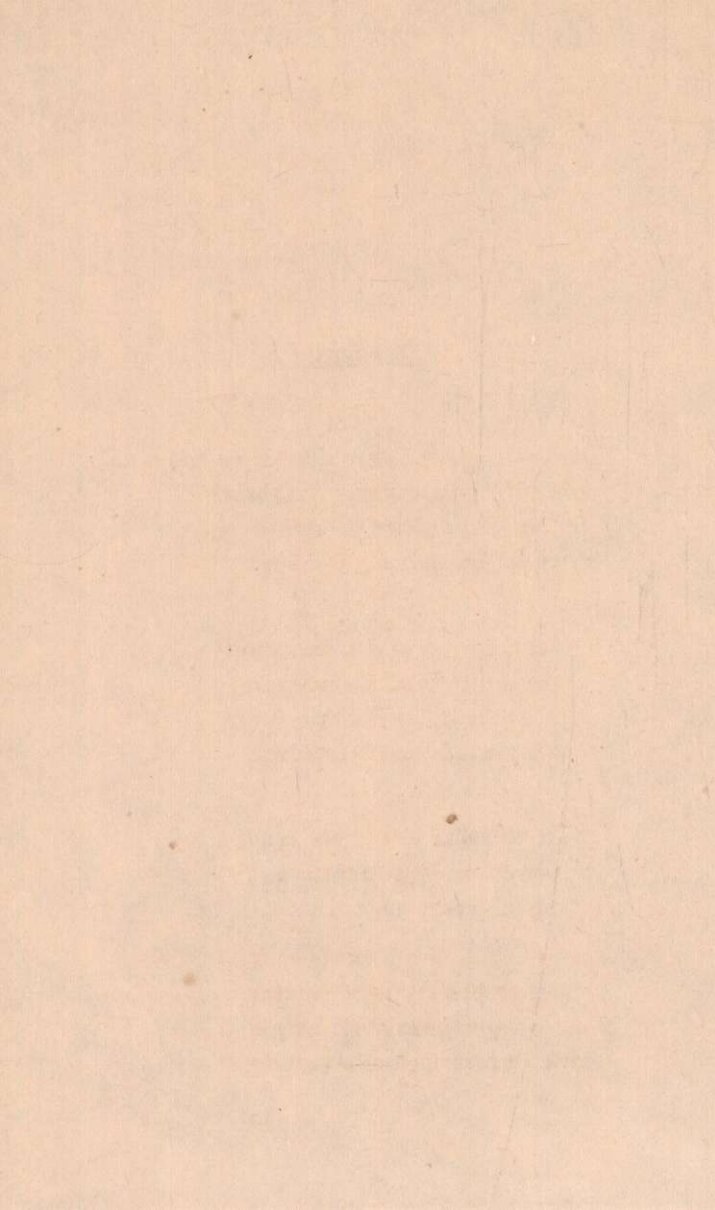
LA MUERTE

TE ve el hombre llegar siempre en mal hora,
y a la existencia, contra ti, se abraza,
y te huye, te maldice, te rechaza,
fementida llamándote y traidora.

Y acaso no eres noche, sino aurora;
acaso eres promesa, no amenaza;
acaso de enemiga se disfraza
la que es de todo mal libertadora.

Nace a luchar el hombre condenado,
y tú, por él odiada, a su tortura
preparas el reposo ambicionado.

Unica prueba del amor segura:
sentir la ingratitud del ser amado
y darle en recompensa la ventura.



LA MODELO

CUENTO

UNA historia vulgar; la más corriente, la que se oye contar todos los días: dos jóvenes que se aman tiernamente, y entre ellos, asomando la cabeza que hiela arrobamientos y alegrías, el fantasma burlón de la pobreza. Nueva demostración, siempre importuna, de que no suele ser de enamorados protectora clemente la Fortuna, más amiga de necios y malvados que de verter sus dones sobre amor, esperanzas e ilusiones.

Esto eran Rosa y Diego; dos amantes ante quienes la vida desplegaba un porvenir de dichas deslumbrantes, que en feliz realidad no se trocaba

de la pobreza por el trance amargo,
cuyo término siempre se esperaba
sin que llegase nunca, sin embargo.
Diego era inteligente,
de gallarda apostura,
sereno, emprendedor, franco, valiente;
y Rosa—ya su nombre lo decía—,
una rosa de espléndida hermosura
que a la existencia y al amor se abría.
Nacida en noble cuna, iba con ella
un *no sé qué* de señorial y grave
que aún la hacía más bella;
la innata distinción, el aire suave
donde la raza señaló su huella
con trazo soberano,
realizador del mágico atractivo
de ojos, cintura, tez, cabello, mano,
reposado mirar y andar altivo,
que, dándole sonrojos,
era imán de las almas y los ojos;
pues todo el mundo sabe que no hay cosa
bajo la inmensa bóveda estrellada
ni dulce, ni imponente, ni grandiosa,
que atraiga la mirada
como la atrae una mujer hermosa
cuando suma beldades y beldades
en soberbio conjunto.

¿Verdad, hombres de todas las Edades,
que opináis como yo sobre este punto?

No era de Diego el varonil aliento
para sufrir sumiso
de la pobreza el yugo y el tormento.
Pues ella a que su dueño idolatrado
diese mano de esposo se oponía,
luchar era preciso
por conseguir el bien ambicionado,
y él, vigoroso y joven, ya sabía
que la Fortuna, aunque tenaz y ciega,
se rinde alguna vez a la energía.
Partir era forzoso. Un mundo nuevo
donde una vida rica se despliega,
llamaba tras los mares al mancebo.
Un año, o dos, o tres, ¿qué le importaban,
si de los dos amantes
ellos los dulces sueños realizaban,
quizá más dulces cuanto más distantes...?
¿Promesas de ternura?
¿Juramentos de amor? Ni uno se hicieron:
cuando se va a cumplir, ¿a qué se jura?
“Adiós”, ambos amantes se dijeron,
seguros de sí mismos; mas no hablaron
ni el éxtasis rompieron
del dulcísimo beso que cambiaron.

¿Después...? El porvenir... Sombras... ¡Quién sabe...!
Los mástiles y el humo de una nave
que por el Mar camina entre bonanzas
sobre la inmensidad, perdida a solas,
llevando en su interior más esperanzas
que espumas va arrancando de las olas.

Rosa, al partir su amado,
de una madre achacosa y desvalida
como único sostén quedóse al lado.
Ella, entre fausto y esplendor nacida,
ahora en apuro y estrechez constante,
recordaba otros tiempos de su vida
con el hondo dolor de que habla Dante;
pero serena, dulce y animosa,
sin dejarse abatir un solo instante,
la pobre niña hermosa
luchaba con tesón: al fin vivía
de piedad y de amor al doble fuego:
consolando a su madre que sufría
y esperando la vuelta de su Diego.

Junto a la pobre casa, mal provista,
donde Rosa ocultaba sus dolores,
su amplio estudio o taller puso un artista,
el rey de los pintores;
y pronto un día, puesta en su camino,

por azar de la misma convivencia,
 hallóse el buen artista, su vecino,
 de la adorable joven en presencia.
 ¿Qué pensó al encontrarla ante su paso?
 Que aquel encuentro, acaso,
 de su vida el problema resolvía:
 él pensaba en hacer su obra maestra,
 en dar de su valer la última muestra;
 la Exposición, que en breve se abriría,
 la esperaba sin duda,
 y él tenía la idea salvadora:
 Venus... Venus desnuda,
 del Mar saliendo al despertar la aurora;
 la hermosa madre del amor humano...
 ¡Se figuraba verla a toda hora,
 dando celos a Rubens y a Ticiano!
 ¿Por qué tardaba en realizar su anhelo?
 Le faltaba el modelo.
 ¿Mujer existe, acaso, tan hermosa?
 Cuando esto en su interior se preguntaba,
 Rosa surgió a sus ojos, y con Rosa
 surgió Venus como él la imaginaba.

Pronto supo quién era
 y dió por conseguida su quimera:
 quien con tal estrechez triste vivía
 de su madre enfermera,

¿a ganar un jornal se negaría?
Expuso el pensamiento,
y fué por hija y madre rechazado,
mas no por eso abandonó el intento:
volvió a insistir con brío renovado,
centuplicó el dinero que ofrecía,
y... ¡siempre inútil su labor penosa!
Mientras mayores sumas prometía,
con más tesón las rechazaba Rosa.

Y era, en verdad, su empeño resistente
digno de admiración y de loores,
porque a su pobre hogar, triste, indigente,
llegaba lentamente
de la miseria el séquito de horrores.
Ya no eran las zozobras y amarguras
de la estrechez doliente;
era el hambre con todas sus negruras;
eran las amenazas vengadoras,
sin una protección, sin un amigo;
de la noche sin luz las largas horas;
era el mísero lecho sin abrigo;
era el pan... ¡era el pan! el que un momento
llegó a faltar también a aquella anciana.
¡Ya era mucho tormento!

Tiene su fin la resistencia humana...
¡Su madre sin abrigo, sin sustento...!

¡No! ¡No! ¡Jamás! Y la infeliz doncella,
con un arranque heroico, sobrehumano,
por su mismo dolor quizá más bella,
llamó febril, con temblorosa mano,
al taller del artista, cuyo anhelo
era llevar al cuadro su hermosura,
tenerla por modelo...
y no quitó, rasgó, su vestidura,
que en revuelto montón cayó en el suelo.

Y ante el absorto artista
surgió una aparición deslumbradora,
cuyo fulgor obscureció su vista...
Surgió un cuerpo de nieve inmaculado,
como por luz de aurora
de claridad dulcísima bañado;
algo puro y perfecto en tal manera,
que la mirada, sin lascivia dura,
casi no osaba ni rozar siquiera
por no manchar su virginal blancura.
Cual corre y juguetea el arroyuelo
por las campiñas que su lecho cavan,
así sus venas de color de cielo
bajo su tersa piel jugueteaban,
fingiendo ser, en curvas caprichosas,
lirios azules entre blancas rosas.

La cascada de rizos del cabello
como un manto de reina descendía
desde el ebúrneo cuello
al diminuto pie donde caía,
demostrando, al caer su oro fundido,
que el oro en el marfil no hace ruido.
Dos columnas de nácar y jazmines
sostenían de un talle el peso leve,
donde luchaban nieves y carmines,
y en dos suaves colinas, no muy lejos,
también luchaban por romper la nieve
dos capullos bermejos.
Enardecido ante el prodigio humano
que alguien por vez primera allí veía,
iba el pintor con agitada mano
copiando sus contornos seductores;
no era color lo que el pincel fundía,
era marfil y luz, nácar y flores,
como lo que en el lienzo ya surgía
no era una forma humana,
sino una aparición que sonreía...
Era Venus, la reina y soberana,
con su cuerpo gentil, blanco, gracioso,
amasado con perlas y azahares...
¡El modelo perfecto de lo hermoso
saliendo de la espuma de los mares!

¿Qué hacía en tanto Rosa? Bella y muda,
no parecía ni pensar siquiera
en que verla desnuda
un hombre complacía inclemente.
Con expresión amarga y altanera
y un pliegue de dolor sobre la frente,
más que el pudor, al que en combate recio
logró vencer al fin, a su mirada
se asomaban la burla y el desprecio.
Ella, la pobre mártir resignada,
puesta de trance tal en la violencia,
¿sonreía a su propia desventura?
¡Pensaba en lo que vale la existencia
que lleva a esa abyección a un alma pura!
Pensaba en que por oro
vende una criatura
de su pudor el virginal tesoro;
pensaba en su ilusión marchita y seca;
en verse así ultrajada, así caída...
No era sonrisa, no, su horrible mueca...
era el asco... ¡la náusea de la vida!

Muy pronto, sin embargo, su semblante
la mueca de sonrisa desdeñosa
trocó por otra de dolor punzante:
una ola de vergüenza y de sonrojos,
de insufrible pesar, viva, espumosa,

cerró sus labios, asomó a sus ojos,
y en llamarada hirviente
lo envolvió en el penacho de su fuego...
¿Qué cruzó ante su vista de repente?...
Su desgraciado amor, su pobre Diego.
Ella, que reservaba a su adorado,
con la cándida fe del alma pura
la pureza del cuerpo inmaculado,
¡profanar su hermosura!
¡vender así de su candor la esencia!...
Y ¿por qué? ¿Por vivir?... Pues ¿no es locura
conservar a ese precio la existencia?
Cuando volviese Diego hasta su amada,
¿qué iba a ofrecerle en premio de la ausencia?
¿Su hermosura vendida, profanada?...
Pensando en su traición se estremecía
y se llamaba pérfida y aleve,
y en su cuerpo convulso parecía
que aquella lucha de carmín y nieve
a favor del carmín se decidía.
En tanto, frente a Rosa, reclinada
sobre un diván de ricos terciopelos,
a los que aquella piel terciopelada
causaba envidia y celos,
seguía el buen artista febrilmente
llevando al lienzo como regios dones

ojos, garganta, pie, cabellos, frente,
delicias, perfecciones...
mientras de Rosa el rostro soberano
juntaba, en mezcla extraña y sorprendente,
lo místico a la vez que lo pagano;
pues, noble en la altivez como en la pena,
era, en su doble aspecto sobrehumana,
surgiendo del pincel, Venus helena,
tendida en el diván, mártir cristiana.

A poco, de la vuelta de su amante
se recibió la nueva venturosa.
Diego volvía, al fin, rico, triunfante:
ya nada a sus amores se oponía...

.....
¡Desventurada Rosa!
¡Cándido lirio roto y abatido!
Diego a verla quizá no alcanzaría.
De un mal desconocido
Rosa—¡su pobre Rosa!—se moría.

.....
Pálida, moribunda, demacrada,
como una flor tronchada,
con el ronco estertor luchando en vano
sobre su casto lecho,
Rosa oprimía en su crispada mano
un papel que apretaba contra el pecho.

Nadie, ni por tesón ni por sorpresa
—tal era la presión tenaz y dura—
pudo arrancar su presa
de la mano a la horrible crispatura.
Rosa no hablaba ya: rígida, inerte,
fatigosa, luchaba
con las últimas ansias de la muerte,
pero el papel extraño no soltaba:
parecía que toda su existencia
al misterioso pliego estaba unida;
sólo después de larga resistencia
se escapó de su mano con la vida.

.....

¿Qué decía aquel pliego?
Era una carta a su adorado Diego;
es decir, no una carta, no un escrito
—no lo eran sus renglones mal trazados—,
sino un lamento, un grito
desgarrador, profundo,
que el dolor y la fiebre conjurados
arrancaban a un pecho moribundo.
“Diego, quiero que sepas...”, empezaba...
La frase no seguía, porque acaso
la lágrima que allí se señalaba
cortó, al rodar, a la escritura el paso.
“Voy a morir sin verte. Diego mío,

—luego decía—; deja que te cuente
 algo cruel, sombrío,
 algo que me horroriza...” Nuevamente
 la huella de otra gota de rocío
 cortaba la escritura de repente.
 “Oye una confesión triste, espantosa
 —más abajo, con letra temblorosa,
 decía otro renglón interrumpido—:
 Un hombre... ¡Cielo santo...!”
 Y otra vez de la frase sin sentido
 se borraba la tinta con el llanto.
 Y así cien veces más. Ella quería
 confesar su amargura al que adoraba;
 pero la confesión no le salía:
 la lealtad al labio la empujaba,
 y el rubor al salir la detenía.
 Eran unos renglones delirantes;
 pero ¡cuánto pesar, cuántos dolores
 en sus trémulas letras vacilantes!
 En ellas iba la divina esencia
 de una historia tristísima de amores,
 de una pobre existencia
 que no pudo sufrir el peso grave
 de una falta quizá no cometida;
 la historia, en fin, de un ave
 para volar en el Edén nacida,
 tan cuidadosa de sus limpias galas

que huyó del nido y entregó la vida
porque la tierra salpicó sus alas.

.....

¡Ay, pobre amor, tan rico en ilusiones!
¿Qué resta ya de tu pasado anhelo?
Los confusos renglones
de una carta rodando por el suelo,
y como amarga burla de la suerte,
sobre su lecho de dolor y angustia,
dormida, al dulce beso de la muerte,
la pobre rosa, deshojada y mustia...

En una Exposición al otro día
un numeroso público aplaudía
ante un cuadro por todos celebrado:
Venus, la madre del Amor, surgía
con su divino cuerpo nacarado
del seno de los mares;
mientras un carro fúnebre, enlutado,
sin coronas de nardos ni de azahares
salía de un hogar abandonado,
solitario, sombrío;
y allá lejos, muy lejos, un navío,
del Mar en las perdidas lontananzas,
se acercaba a las playas españolas,
trayendo en su interior más esperanzas
que espumas arrancaba de las olas.

LA ULTIMA HOJA

SI hasta esta postrer hoja me has seguido,
lector, nuestra amistad hemos sellado,
pues conmigo has sufrido y has gozado
y en dulce comunión hemos vivido.

Libro que con deleite se ha leído
es flor cuyo perfume se ha aspirado:
una y otro al pasar a nuestro lado
nos dejan algo que nos es querido.

Lo mismo que la rosa de la tierra,
da el alma entre placeres y congojas
los cantos que después el libro encierra;

y en ambas cuanto es bello se resume:
por algo rosa y libro tienen hojas
y llevan en las hojas el perfume.

Fecha de la 1.^a edición, marzo 1911.

INDICE

	Págs.
DEDICATORIA.....	7
EN EL MAR.....	9
SALUDO A AMÉRICA.....	19
MI RETRATO.....	23
CANTO A LA ARGENTINA.....	33
LOS REYES MAGOS.....	43
EL ORO.....	53
RECUERDOS CHILENOS.....	57
PETENERA Y VIDALITA.....	65
A ROSARIO GONZÁLEZ LABARGA.....	75
¡ MADRE TIERRA !.....	77
LAS ARGENTINAS.....	85
A UN NIÑO.....	99
LA ESPERANZA.....	107
EL BESO DE JOSEFINA.....	111
¡ FELICIDAD !.....	119
TROVA.....	121
EN UN ABANICO.....	129

	Págs.
CONCURSO DE AMOR.....	131
DADME UNA LIMOSNA.....	137
LA MUJER CHILENA.....	145
LA VIEJA ESPAÑA.....	155
LO QUE DICE EL AGUA.....	163
IDILIO.....	169
LOS ANDES.....	179
LA HOJA SECA.....	187
BEBÉ Y LA NIEVE.....	193
LA VIDA.....	199
LA MUERTE.....	201
LA MODELO.....	203
LA ÚLTIMA HOJA.....	217

